COMEDIA FAMOSA.

EL CAVALLERO.

DE DON AGUSTIN MORETO.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

D. Felix de Toledo, Galàn. *** *Doña Ana Enriquez, Dama.* *** *Manzano, Gracioso.*
D. Lope Enriquez, Galàn. *** *Doña Luisa de Ribera, Dama.* *** *Martin, Criado.*
D. Diego de Ribera, Galàn. *** *Inès, Criada.* *** *Dos Hombres.*
D. Juan de Toledo, Barba. *** *Leonor, Criada.* *** *Musicos.*

JORNADA PRIMERA.

Salen Don Felix, y Manzano de camino.

Manz. JEsus! Jesus!
Felix. Què te espantas?
Manz. Aun no creo que aqui estès:
què este es Madrid? què esta es
la calle de las Infantas?
Es possible, que ya andes
por tierra que anduvo el Cid?
Dios me conserve en Madrid,
que para mì no hay mas Flandes.
Felix. Assegùrote, Manzano,
pues ya sabes lo que passa,
y que me buelvo à mi casa,
por la muerte de mi hermano,
donde, si su muerte lloro,
hallar por alivio puedo
un mayorazgo que heredo,
y una Dama à quien adoro;
que en Flandes contento estaba,
y aora conozco yo,
que aquella escuela me diò
todo lo que me faltaba:
porque aunque la Corte encierra
Cavalleros muy perfectos,
sin saber de los efectos
de la escuela de la guerra,
segun lo que considero,
que ella en mi pecho ha labrado,
la Milicia es quien dà el grado
à un perfecto Cavallero.
Manz. Fuerza fue, que allì aprendiesses
quatro mil Cavallerias,
no dormir en quatro dias,
no desnudarse en dos meses;
andar siempre à la aspereza
de agua, nieve, ò yelo impio;
bien es verdad, que este frio
se resiste con cerbeza;
con que queda acostumbrado
un hombre, con tal sustento,
à andar siempre muy hambriento,
muy roto, y desaliñado,
afligido, sin dinero,
siempre imaginando flores,
que son las partes mejores
de un perfecto Cavallero.
Felix. Como tù, lo has discurrido.
Manz. Esto es lo que yo aprendi.
Felix. Labrò en tì, conforme à tì.
Manz. Ergo si haver aprendido
mal, consiste en mi baxeza,
no es la guerra, ni sus fueros
quien hace los Cavalleros,
sino su naturaleza.
Felix. La misma razon lo abona.
Manz. Pues què es lo que de ella nace?
Felix. Yo no digo que los hace,
sino que los perfecciona.
Manz. Pues essa question dexada,
por què causa no has querido

irte à casa, y te has venido
à apear à una posada?
Felix. Mi recato es necessario,
pues lo que llevò mi brio
à Flandes, fue un desafio,
en que matè à mi contrario.
Demàs de esto, y el empeño
sabes que aqui dexè yo,
pues sin alma me embiò
Doña Ana Enriquez mi dueño.
En la carta me protesta
mi padre, que con secreto
me venga, pues con efecto
no està aun la muerte compuesta.
Y demàs de esto me llama,
porque casarme ha intentado,
ni sè què esposa me ha dado,
ni en què estado està mi Dama.
Sin verla intenta saber
uno, y otro mi agudeza,
que si en Doña Ana hay firmeza,
ella ha de ser mi muger.
Manz. Y tù sabes si ha venido
Don Lope Enriquez, hermano
de Doña Ana, que era Indiano?
Felix. Si, por cartas lo he sabido.
Manz. Y el Don Lope, dudar puedo
si vendrà en lo concertado.
Felix. Pues le està mal ser cuñado
de Don Felix de Toledo?
Manz. Mal diz que le havia de estàr;
pues eres tù algun mendigo?
se pudiera honrar contigo,
aunque fuera Familiar;
y aun anda mi lengua corta:
mas dudo que os concerteis,
si los dos no os conoceis.
Felix. Siendo yo quien soy, què importa?
Manz. Pues al caso, y con audacia.
Felix. Pues ya es noche, vèn tràs mì,
que Doña Ana vive aqui
al Cavallero de Gracia.
Manz. Oyes: què en los Capuchinos
de tanto coche se infiere?
Felix. Que es Viernes, y hay Miserere.
Manz. Suena en acentos divinos;
mas ya al fin debe de ser,
pues sale gente. *Felix.* Azia alli
nos vamos, no salga aqui
quien nos pueda conocer.
Manz. Si, que la Luna ha salido.
Felix. Me conviene este recato.
Manz. Mucho es, que quien no es ingrato
quiera ser desconocido.

Salen Doña Ana, y Inès con mantos, y Doña Luisa, y Leonor del mismo modo, y dos hombres galanteando.

Ana. Cavalleros, si lo sois,
mostrad el primor de serlo
en no passar adelante
con quien os pondera el riesgo,
que hay en ir à nuestro lado.
Homb. 1. Esse es el comun despego
que usan todas las mugeres
à los primeros encuentros:
y el quereros festejar,
y regalar, si de hacerlo
dais licencia, no es agravio,
que merece esse desprecio.
Luisa. Ya os hemos dicho otra vez,
que aunque aqui lo parecemos,
no somos de las mugeres
que pensais. *Homb.* 1. Tambien es esso
comun de primer respuesta,
que yo en la Corte estoy hecho
à escuchar esso de todas,
y à encontrar su rendimiento
detràs de poca porfia:
pero seais en efecto
quien fuereis, què importarà
para admitir el festejo,
de ir à la confiterìa,
que de aqui no està muy lexos
del Cavallero de Gracia?
Ana. Inès, viste hombres mas necios?
Inès. Si ellos quieres que nos dexen,
admite el ofrecimiento,
que los tales tienen traza
de tener poco dinero,
y nos dexaràn, si acetas.
Homb. 2. Ea, vamos, no tardemos,
demos dulces à estas damas.
Luisa. Ya os han dicho, Cavalleros,
que os estarà mal seguirnos;
y puede ser que encontremos
bien presto quien os lo muestre.
Homb. 1. Amenaza? pues por esso
os hemos de acompañar.
Ana. Ya esso es passar de grossero,
y fiaros en que somos

mu-

mugeres. *Felix.* No oyes aquello?
Manz. Hay hombres ocasionados:
èste estarà pretendiendo
una compañia en la guerra,
no se la darà el Consejo,
y la procura en la paz.
Homb. 1. No teneis que deteneros,
que solo por la amenaza
os havemos de ir siguiendo.
Ana. Esso es porque aqui no veis
quien aquesse atrevimiento
os castigue. *Homb.* 1. Si ha de haverle,
vamos allà. *Felix.* Cavalleros,
haviendo dicho estas Damas,
que en seguirlas tienen riesgo,
no parece urbanidad
seguirlas à su despecho;
y yo os pido en cortesia,
que las dexeis. *Homb.* 1. Bravo empeño!
sois vos el que ellas esperan,
que castigue nuestro intento?
Felix. Soy quien esto os suplìca
por deuda de Cavallero;
y si no os quisiereis ir,
quien harà que os vais mas presto.
Homb. 1. Trae algo con què espantarnos?
Manz. Trae con que darles tan recio,
que les harà que aqui dexen
las capas, y los sombreros,
y las Damas, y la gana
de ir con ellas. *Homb.* 1. Antes pienso,
que la dexarà quien habla.
Manz. Mientes, poco mas, ò menos:
abanza, señor. *Felix.* Ya os voy
à enseñar à ser atentos.

Metenlos à cuchilladas.

Ana. Ay infeliz! Doña Luisa,
en què empeño nos ha puesto
la necedad de estos hombres?
Luisa. No es ya muy grande el empeño,
Doña Ana, que à muy buen passo
de su valor vàn huyendo,
y no correrà peligro.
Inès. No harà, que corren con miedo.
Leon. Son toreadores de à pie?
Ana. Quièn serà este Cavallero?
Luisa. Si la vista no me engaña,
yo de la Luna al reflexo
le vì la cara; y si aqui
pudiera estàr, siendo cierto
que està en Flandes, presumiera,
que es Don Felix de Toledo.
Ana. Ay Inès! què es lo que escucho?
Inès. Muy possible es que sea cierto;
su padre le està esperando,
y havrà venido. *Ana.* Y mis zelos
seràn ciertos, si es verdad; *ap.*
ha ingrato amante, què es esto?
tù en Madrid, sin verme à mì?
Doña Luisa, segun esso
tù debes de conocerle?
Luisa. Le debì muchos festejos
antes que se fuesse à Flandes.
Ana. Luego es tu amante? *Luisa.* No puedo
presumir yo, que aun le dure
un amor, que ha tanto tiempo
que yo le desengañè;
y tù sabes ya el extremo
con que à tu hermano Don Lope
quise yo siempre. *Ana.* Esso es cierto:
èl la conociò, y por ella *ap.*
se empeñò: yo estoy muriendo.
Luisa. Mas èl es el que ha embaynado
la espada, y viene. *Ana.* Què haremos?
Luisa. Irnos, y no nos conozca.
Ana. Esto confirman mis zelos: *ap.*
antes yo le quiero hablar,
porque agradecerle debo
el havernos amparado.
Luisa. Habla tù, si gustas de esso.
Ana. Inès, tapemonos bien.

Salen Don Felix, y Manzano.

Felix. Bien se viò quien eran ellos.
Manz. Mas no se iràn alabando.
Felix. Heriste alguno? *Manz.* Esso es bueno:
como no podia alcanzarlos,
me alarguè de pensamiento,
y à uno dì una cuchillada,
que le abrì de medio à medio.
Felix. Le alcanzaste con la espada?
Manz. No sino con el deseo.
Ana. Ay Inès! yo estoy mortal;
Don Felix es. *Inès.* Esto es hecho,
en aqueste instante acabo *ap.*
de perder yo mi remedio;
porque en nombre de mi ama,
à quien galantèa Don Diego,
hermano de Doña Luisa,
le hago favores supuestos,
y me vale un pozo de oro,

y oy por Don Felix lo pierdo.
Felix. Aun se estàn aqui las Damas.
Manz. Bien pueden darnos el premio.
Felix. De hallaros aqui, señoras,
presumo cuidado nuevo;
si le teneis, y gustais
de que yo os vaya sirviendo
hasta entrar en vuestra casa,
bien podeis ir sin recelo.
Manz. Miren si hay otra pendencia,
que aunque sean veinte de ellos,
con condicion que ellos huyan,
aqui se la reñiremos.
Ana. No esperamos por cuidado,
sino por agradeceros
el favor; aunque es verdad,
que nos costò el sentimiento
de que un Cavallero tal,
como lo muestra el empeño,
se aventurasse con hombres,
que eran de tan poco precio:
y creed, que à haver sabido,
que pudiera à vuestro aliento
empeñarle nuestra voz,
sufriera su atrevimiento,
por no daros la ocasion,
que ya vencida sin riesgo,
os agradezco. *Felix.* Yo soy
quien debe agradecimiento
à la ventura de hallarme,
con lo poco que merezco,
en ocasion de serviros.
Ana. El Don Felix es discreto,
muy galan, y muy bizarro:
si es cierto lo que sospecho, *ap.*
assi me he de vengar de ella.
Luisa. Es un grande Cavallero,
y esso lo debe à su sangre.
Ana. Bien dissimula: si es cierto?
sois de Madrid? *Felix.* Yo, señora,
no soy sino forastero.
Manz. Mi señor es Alemàn.
Ana. Alemàn? *Manz.* Medio Tudesco,
y aora ha venido de Angola.
Ana. Bien se conoce en lo negro;
pero acà no somos Indios.
Felix. Este, señora, es un necio,
que yo soy de Andalucìa.
Ana. Esso parece mas cierto.
Manz. Y lo que yo digo, y todo,
que esto es por parte de suegro;
mas por parte de cuñado,
es Alemàn como el yelo,
natural de Calahorra.
Felix. Calla, no seas majadero.
Ana. Ya que forastero sois,
holgarème de ir sabiendo
vuestro nombre, y la posada.
Felix. La posada es algo lexos,
porque poso en Leganitos:
el nombre, para el efecto
en que yo os puedo servir,
si asseguro como puedo,
que yo un Cavallero soy,
os digo el nombre mas cierto.
Ana. Si un Cavallero es el nombre,
buen nombre es ser Cavallero.
Felix. No pienso yo que se os puede
ofrecer à vos empeño,
en que querais saber mas.
Ana. No pudiera ser, que al veros
tan bizarro, y tan airoso,
ocasionasse el afecto
de alguna de las que veis?
Felix. No estoy hecho à essos trofeos,
y lo dudo à mi fortuna:
mas sintieralo, os prometo,
que me diera essa ventura,
quando lograrla no puedo.
Ana. Por què no podeis lograrla?
Felix. Porque yo me he de ir muy presto.
Ana. Ya mi duda es evidencia, *ap.*
pues me ha despreciado el ruego,
por vèr que està aqui su Dama;
yo lo he de apurar si puedo.
Doña Luisa, el tal Don Felix
muy bien me và pareciendo,
y pienso que he de quererle.
Luisa. Tendràs muy buen gusto en esso,
que èl es digno del cuidado.
Ana. Si es dissimulo, es muy cuerdo, *ap.*
ò ella està muy satisfecha.
Y de verdad, es lo cierto
el haveros de partir,
ò tener ya algun empeño?
Felix. Yo en mi vida quise bien.
Manz. Señor, por què dices esto?
dexate querer de aquesta.
Felix. Necio, puede un Cavallero
engañar aqui à una Dama,
si

si à otra Dama està queriendo?
Manz. Si quiere, y como que puede.
Ana. Muy dificilmente os creo,
que no haveis querido bien.
Felix. No, y es verdad, porque quiero.
Ana. Os ahorrais muchas congojas,
mas perdeis muchos contentos.
Felix. Tanto sabeis vos de amor?
Ana. Por las Comedias, que leo,
tengo de èl muchas noticias:
mas puesto, que (à lo que infiero)
el encubrir vuestro nombre,
y fingir esse despego,
os tiene alguna importancia
con las que os estàn oyendo,
no quiero apuraros mas;
y porque cerca tenemos
nuestra casa, os suplicamos,
que os quedeis aqui. *Felix.* Mi intento
solamente es de serviros,
y por esso os obedezco.
Ana. Muerta voy! vèn, Doña Luisa.
Luisa. Passa adelante tu afecto?
Ana. Ya se descubre el cuidado;
vèn, que despues hablarèmos. *Vanse.*
Inès. Vèn, Leonor. *Leon.* Vamos, Inès.
Manz. Digo, Reyna. *Inès.* A quièn và esso
entre las dos? *Manz.* Yo à una sola,
porque me cansè en Marruecos
de tener treinta mugeres.
Inès. Fue Moro? *Manz.* Un poco de tiempo.
Leon. Responde tù à esse Letrado,
que yo à mi ama voy siguiendo. *Vase.*
Inès. Y què quiere? *Manz.* Ya vè ustè
yo ando à buscar mi remedio,
y ustè me parece cosa.
Inès. Jesus! cosa le parezco?
y què cosa? *Manz.* Assi, cosita.
Inès. No sea tan lisongero:
para què me alaba tanto?
Manz. Si esto es mucho, quitarèmos.
Inès. Y de verdad, busca ustè
comodidad? *Manz.* De provecho.
Inès. Parecele bien la mia?
Manz. Si ustè dixera primero
lo que dà, pudiera ser.
Inès. Yo doy el salario en zelos,
las raciones en desdenes,
en tibiezas, y despegos,
ù de año en año; y si acaso
hay algun gran casamiento,
doy librèa de esperanza.
Manz. Y no dà ustè algun enredo,
ò chisme para zapatos?
Inès. Cinquenta le darè de esso.
Manz. Jesus, y què rica cosa!
digo que en ella me quedo.
Inès. Pues traiga luego su ropa.
Manz. Deme señal, irè luego.
Inès. No tengo mas que esta mano,
si basta. *Manz.* Poco dinero;
no le queda à ustè otra blanca?
Inès. Vela aqui. *Manz.* Pues voy con esso,
que ya es un maravedì.
Inès. Còmo ha nombre? *Manz.* Yo, Cerezo.
Inès. Cerezo? mirelo bien.
Manz. De arbol es mi nombre, cierto.
Inès. De arbol si, el vedado.
Manz. Muger del Demonio, arredro.
Inès. Por què se espanta de mì?
Manz. Que eres la serpiente pienso,
pues has olido el Manzano.
Inès. A Dios, señor embustero;
y crea el señor Manzano,
que aora ha sido camueso. *Vase.*
Manz. No oyes aquesto, señor?
Felix. Què ha sido? *Manz.* Viven los Cielos,
que èstas nos han conocido.
Felix. Què dices? estàs sin sesso?
recienvenidos de Flandes,
còmo es possible? *Manz.* Esso es bueno;
pues si me han dicho mi nombre?
quànto quieres que apostemos,
que eran Doña Ana, y Inès
dos de las que aqui estuvieron?
Felix. Doña Ana? estàs sin sentido?
pues estando, como es cierto,
aqui su hermano Don Lope,
havia de hacer el excesso
de estàr de noche, y à pie
fuera de casa? *Manz.* Què riesgo
puede haver en esso, si ellas
viviendo en el Cavallero
de Gracia, à los Capuchinos
quieren venir de secreto
al Miserere encubiertas?
Felix. Vive Dios, que lo recelo,
que la muger que me hablò
me pareciò de respeto;
y en una muger de porte
de-

declararse con un ruego,
fuera gran facilidad,
à no tener fundamento:
Manzano, vamos allà.
Manz. Peral, vamos al momento,
que ellas han sido prudentes
como serpientes en esto.
Felix. Por què? *Manz.* Vieron el Manzano,
y la culebra te dieron. *Vanse.*
Sale Don Diego con Musicos.
Diego. Aqui podeis quedaros retirados,
y estèn los instrumentos bien templados,
porque en llamando yo, comience luego
(dando noticia de mi amoroso fuego)
la musica à cantar mi dicha grande;
y no se mueva nadie, hasta que mande
mi cuidado tocar los instrumentos,
dando sus dulces voces à los vientos,
porque à mayor trofeo
del que promete, aspira mi deseo,
porque tanto mi amor me tiene ciego.
Musico. Bien puede descuidar, señor D. Diego,
que està famosamente prevenido.
Diego. El contento de vèr favorecido
mi amor, me tiene loco;
qualquier festejo à mi deseo es poco,
para significar el alegrìa
en que me tiene la esperanza mia.
Un año me ha costado este trofeo,
que ha que à Doña Ana Enriquez galanteo
con porfias, y ruegos, y finezas,
resistiendo desdenes, y durezas,
sin que el Sol viesse claro solo un dia;
y en fin todo lo alcanza la porfia,
pues ya mi alivio su favor alcanza;
y para mas aliento à mi esperanza,
oy licencia me ha dado
de que la signifique mi cuidado
la musica que traigo prevenida,
que es el indicio de que tengo vida;
pues es cierto que no lo permitiera
à quien para su esposo no quisiera.
La seña quiero hacer à la ventana,
pues ya es hora que estè sola Doña Ana,
que à esta hora mi hermana Doña Luisa,
cuya visita el Viernes es precisa,
porque à los Misereres la acompaña,
ya se havrà buelto à casa: dicha estraña
es la que consiguiò porfia, y ruego,
si esposo de Doña Ana à verme llego.

Salen Don Felix, y Manzano.
Felix. Esta es la casa, Manzano.
Manz. Y aquella, señor, la rexa,
que de arado para tì
fue, quando andabas tràs ella.
Felix. Pero tuve buena dicha
en cultivar bien la tierra,
pues floreciò la esperanza,
porque aora el fruto se acerca.
Manz. Aora es fruto dichoso,
que à mì tambien se me acuerda
quando sembrabas suspiros,
pero cogias arena.
Felix. Si estarà su hermano en casa?
Manz. Yo te harè essa diligencia.
Felix. Tente, que hay gente en la calle:
en el umbral de esta puerta
estemos hasta que passen.
Llegan à la rexa.
Diego. Llegar quiero à hacer la seña.
Felix. Manzano, no vès aquello?
un hombre à la misma rexa
en que yo hablaba ha llamado?
Manz. Calla, señor, que es quimera.
Felix. Còmo quimera? què dices?
no le vès parado en ella?
Manz. Hombre à rexa de tu Dama?
calla, que serà alma en pena.
Felix. Estàs ciego? no lo vès?
Manz. No lo creo, aunque lo vea:
alma en pena es, vive Dios.
Felix. Me apuraràs la paciencia.
Manz. Pues si la quiere, y tiene alma,
no andarà en pena por ella?
Felix. Aguarda, que ya han abierto.
Abren una ventana, y sale Inès à ella.
Inès. Cè, es D. Diego? *Diego.* Si, Inès bella,
la musica prevenida
aqui traigo. *Inès.* Esta es buena; *ap.*
què seria si Don Felix
aora à la calle viniera?
pero yo no he de perder
lo que Don Diego me pecha,
que para todo hay ingenio.
Don Diego, àcia la otra acera
os poned para cantar,
que assi mi ama lo ordena,
que alli viven otras Damas,
y se equivoca con ellas
de la musica el intento,

pa-

para que nadie lo sepa,
que ella la saldrà à escuchar,
para que salga con ella,
y aun se està aqui Doña Luisa:
y assi, aunque Don Felix venga,
no tendrà que sospechar.
Diego. Ya està essa prevencion hecha;
yo voy à decir que canten.
Felix. Manzano, mi muerte es cierta.
Manz. Mas tuviste buena dicha
en cultivar bien la tierra,
pues dà fruto para todos.
Felix. Respirando estoy un etna.
Manz. Este hombre te ganò el juego,
y por la ventana mesma.
Felix. No ganarà si yo puedo.
Manz. Pues còmo quieres que pierda,
si està à truco aventanado?
Salen à la ventana Doña Ana, y Doña Luisa.
Ana. Inès, para què està abierta
esta ventana? *Inès.* Ay señora!
que dàn musica. *Ana.* Pues cierra.
Inès. Calla, que es à las vecinas,
que llaman las Boneteras,
y las galantea un lindo,
que no las dà sino quexas.
Luisa. Oigamosla por tu vida,
Doña Ana. *Ana.* Quieres que entiendan,
que es la musica por mi?
Luisa. Antes saliendo tù à verla,
te asseguras de essa duda,
y quitas la contingencia,
que à quien la musica dàn,
siempre las ventanas cierra,
por el recato. *Ana.* Ya estoy
tan lexos de dar sospecha,
que nada me importa: oigamos.
Inès. Mañana tengo pollera,
y sortija, que este canto
yo le harè bolver en piedra.
Diego. Desde aì podeis cantar.
Felix. Musica trae. *Manz.* Señal cierta.
Felix. De què? *Manz.* De que te habla claro
este hombre. *Felix.* De què manera?
Manz. Te dà los zelos cantados,
porque mejor los entiendas.
Felix. De la calle à cuchilladas
los he de echar. *Manz.* Hombre, espera;
à ti què ofensa te ha hecho
este hombre, que galantea
à quien como à ti le admite?
Felix. No es possible que èl me ofenda,
no sabiendo que me ofende;
mas si yo con tanta pena
viendolo estoy, y lo sufro,
yo soy quien me hago la ofensa.
Manz. No es mejor vèr en què pàra?
Felix. Y dònde està la paciencia?
Manz. Aqui està en los Capuchinos:
aguardemonos siquiera
hasta que canten las coplas,
y si el estrivillo empiezan,
sacudirlos en la fuga,
para que vayan con ella.
Musica. Ay que me mata, zagales,
la viva estrella de Anarda;
si por estrella la adoro,
mi misma estrella me mata.
Felix. Manzano, esto no es sufrible.
Manz. No me espanto que lo sientas,
que la copla es tal, que à todos
nos hace vèr las estrellas.
Felix. Hasta su nombre publica.
Manz. Si ella le ha dado licencia
de que le traiga estrellado,
tù, que lloras su flaqueza,
puedes passarle por agua;
mas ya prosiguen, espera.
Musica. Buela mi amor à tus ojos,
mas es tan noble su llama,
que me quema el corazon,
y me perdona las alas.
Diego. Por la boca de esta calle
una tropa de hombres entra,
proseguid mientras yo voy
à reconocer quien sean. *Vase.*
Felix. Manzano, viven los Cielos,
que lo està oyendo à la rexa
Doña Ana, con sus criadas.
Manz. Pues querias que estuviera
rezando, mientras la cantan?
Felix. La venganza de èl, y de ella
he de ocasionar assi. *Llega à la reja.*
Ingrato dueño, si ostentas
tu mudanza, ya la ha visto
quien morirà de la quexa.
Ana. Què es esto? quièn es este hombre,
que con tanta desverguenza
llega? Inès, habla contigo?
Felix. Contigo hablo, ingrata bella.

Ana.

Ana. No os dixe yo, que este riesgo
tiene el salir à la rexa?
debe de ser loco esse hombre;
vamonos de aqui: Inès, cierra. *Vanse.*
Felix. Vive el Cielo, que me ha dado,
por satisfacerle, atenta,
con la ventana en la cara.
Manz. Mucho peor ser pudiera.
Felix. Que darme con la ventana
en los ojos? *Manz.* Cosa es cierta;
pues peor huviera sido
que te diera en la cabeza.
Felix. Pues en èl me he de vengar.
Sale D. Diego. Amigos, la Ronda es esta,
cessad aora, que yo tengo
riesgo, si aora me encuentra:
venios tràs mì retirando,
y aprisa, porque se acerca.
Musico. Yo con el harpa no puedo
correr, y alcanzarme es fuerza.
Diego. Raro empeño! pues dexar
estos hombres, es baxeza,
si los aja la Justicia:
un hombre viene, y es fuerza
valerme de èl, sea quien fuere,
para que aqui no me pierda.
Cavallero? *Felix.* Sì lo soy,
què quereis? *Diego.* Siendolo, es deuda
en vos amparar à quien
de vos à valerse llega:
yo hice en esta misma calle
anoche una resistencia
à la Justicia, y aora
buelve por la calle mesma
solo à buscarme, sin duda,
con que retirarme es fuerza,
por no ser reconocido:
yo os suplico, que si llega,
ampareis vos à essos hombres,
y hagais la musica vuestra,
para que no los ultrajen,
pues nada en esto se arriesga
para vos; y à Dios, que vienen.
Felix. Oìd, escuchad. *Dieg.* Ved que llegan,
y no puedo detenerme. *Vase.*
Felix. Que aquesto aqui me suceda!
yo quedo obligado à hacerlo.
Manz. Al que te ofende esso intentas?
mas que el demonio se lleve
los Musicos, y los metan
en un cepo de patillas.
Felix. Amigos, el tono, y letra
proseguid, y sin cuidado
cantad, que aunque despues sea
forzoso reñir con èl,
aora debe mi nobleza
ampararle, pues de mì
se valiò. *Manz.* Muden el tema,
y pues cantan por mi amo
rabiando coplas muy nuevas.
Musica. Solo es llama, porque alumbra,
pues sin consumir, regala,
y crece mas la materia,
que mas en ella se abrasa.
Salen los mismos con quien riñeron arriba, con los mas que pudieren.
Homb. 1. El sin duda es de este barrio,
y hallarle aqui es cosa cierta:
y vive Dios, si le hallamos,
que hemos de vengar la afrenta
de haver huido esta noche,
pues con la industria supuesta
de fingirnos la Justicia,
podemos, sin que se entienda,
reconocerlos à todos,
hasta hallarle por las señas.
Homb. 2. Musica estàn dando aqui.
Homb. 1. Dexadme llegar à ella:
Cavalleros, la Justicia.
Felix. Sea muy en hora buena.
Homb. 1. Y quien diremos de ustedes?
Felix. Gente que no hace molestia,
pues un Cavallero es,
que por su gusto festeja
con esta musica el barrio.
Homb. 1. Y à què intento?
Manz. Linda flema;
à una Dama que aqui vive,
y por ser muy pedigueña,
se la damos por sangria,
por no darla de cabeza.
Homb. 1. Lleguemos à conocerle;
y quièn es quien la festeja?
Felix. Ya he dicho que un Cavallero.
Homb. 1. Un Cavallero es respuesta?
Felix. Esse es mi nombre.
Homb. 1. Esso es bueno.
Manz. Y de pila: es estrañeza,
si se bautizò en Olmedo?
Homb. 1. Largue las armas, què espera?
Felix.

Felix. Sobre què? *Manz.* Pues esso dudas?
será sobre su cabeza.
Homb. 1. Largue la espada. *Manz.* No larga,
sino corta. *Felix.* A essa insolencia
se responde de este modo,
que no es Justicia quien llega
con aquessa demasìa.
Manz. Señor, que hay muchos, aprieta.
Homb. 1. El es, amigos, matadle.
Manz. Antes ciegues, que tal veas.
Musico. Vamonos de aqui nosotros. *Vanse.*
Metenlos à cuchilladas, y salen Doña Luisa, y Leonor.
Luisa. Ay Leonor, que yo voy muerta!
por entre dos mil espadas
hemos passado. *Leon.* Què pena!
gota de sangre, señora,
no me ha quedado en las venas.
Luisa. Gran yerro fue no admitir
que à acompañarnos vinieran
los Criados de Doña Ana;
y aora bolver es fuerza
à pedirlos que nos lleven
hasta casa. *Leon* La pendencia
es enfrente de su casa,
y es peor bolver à ella.
Salen Don Felix, y Manzano.
Felix. La colera de mis zelos
despiquè en su desverguenza.
Manz. Siete cabezas à uno
le rompì. *Felix.* De què manera?
Manz. Porque iba alli cierto amigo,
que llaman siete cabezas:
mas à què buelves aqui?
Felix. A que, aunque la vida pierda,
ha de entender esta ingrata,
que he sabido sus ofensas.
Manz. Pues què se le dà à la otra?
Felix. Vè, que he de entrar aunque muera.
Luisa. Azia aqui vienen dos hombres,
valernos de ellos es fuerza.
Cavalleros, aqui acaba
de haver aora una pendencia,
y vamos, como mugeres,
con temor: por vida vuestra,
que os sirvais, en cortesìa,
de acompañarnos, que cerca
està de aqui nuestra casa.
Felix. Manzano, has visto tal tema
de estorvarme la fortuna,
que hablar à esta ingrata pueda?
Manz. El diablo te lo embaraza,
porque es hacer penitencia.
Felix. Señora, la obligacion
de serviros es primera:
vamos luego à vuestra casa.
Manz. Si ustedes dieran licencia,
que dieramos un aviso
aqui, porque nos esperan,
luego irèmos con mas gusto.
Luisa. Si no tardais, norabuena.
Manz. Esso tres horas, ò quatro;
mas la noche es algo fresca,
y aqui pueden passearse.
Felix. Anda, loco. *Luisa.* A mì me pesa
de estorvaros. *Felix.* El serviros
es la mayor conveniencia.
Luisa. Yo vivo aqui à Calatrava.
Felix. Vamos muy en hora buena.
Luisa. Leonor, Don Felix es este:
cierta ha sido mi sospecha.
Manz. Yo temo, que hemos de hallar
otra aventura tràs esta. *Vanse.*
Sale Don Lope.
Lope. Dos horas ha que mi amor
aqui à Doña Luisa espera,
y por no errar el camino,
porque puede ser que buelva
por parte que yo la yerre,
no he ido à mi casa, donde ella
fue esta tarde con mi hermana,
y ya no es hora en que pueda
detenerse allà en mi casa:
què de dudas, y quimeras
està un hombre imaginando,
que esperando ama, y recela!
Salen Inès con serenero, y dos Criados.
Inès. No ha venido Doña Luisa
à su casa, la pendencia,
sin duda, la ha detenido,
pues sucediò al salir de ella.
Lope. Gente sale de su casa:
criados son, no me vean,
aqui estarè retirado.
Inès Demos à casa la buelta,
mas espera, que aqui viene;
dos hombres vienen con ella,
serà su hermano Don Diego,
que estaba alli à la hora mesma,
ò Don Lope mi señor.

Salen Doña Luisa, Don Felix, Leonor, y Manzano.

Luisa. Mi casa, señor, es esta,
mucho favor me haveis hecho.
Felix. Lleguemos hasta la puerta.
Inès. Señora? *Luisa.* Inès, pues tù aqui?
Inès. Pardiez essa duda es buena;
pues no salimos tràs tì
en oyendo la pendencia?
mi señora me mandò,
que luego tràs tì viniera
con este criado nuevo,
que nunca tu casa acierta,
porque quedò con gran susto
de verte entre la refriega.
Luisa. Mucho te lo estimo, Inès,
que Doña Ana es tan atenta,
que se debe esse cuidado.
Inès. Tù no supiste quièn era
el de la musica? *Luisa.* No.
Inès. Pues tu hermano hacia la fiesta.
Luisa. Mi hermano? què es lo que dices?
pues Don Diego à quièn festeja
en tu calle? *Inès.* A mi señora.
Felix. Manzano, mas evidencias.
Manz. No es muy mala esta noticia.
Luisa. Mi hermano? *Inès.* El la galantèa:
pero por amor de Dios,
que en esto hagas la deshecha,
sin darte por entendida,
que me tendràn por parlera;
pero yo no te lo he dicho,
sino para que lo sepas.
Què me hacia este secreto *ap.*
à mì acà dentro? què sea
yo tan ligera de pico!
maldita sea mi lengua.
Luisa. Inès, de lo que mi amiga
no me quiere à mì dàr cuenta,
no es bien que yo me la tome:
à Doña Ana esta fineza
le agradece de mi parte,
que yo segura, y contenta
vine à mi casa, pues quiso,
acompañandome à ella,
venir este Cavallero.
Felix. De mi obligacion fue deuda.
Manz. Y parienta de la mia.
Inès. Què miro! segun las señas, *ap.*
Don Felix es, y Manzano:
cierta ha sido la sospecha
de mi ama. A Dios, señora.
Luisa. A Dios. *Inès.* Hijos, vamos de esta;
chisme llevo que contar,
ya la boca me hormiguea. *Vanse.*
Lope. Cielos, yo estoy sin sentido!
dos hombres vienen con ella.
Luisa. Cavallero, agradecer
lo que de vuestra nobleza
es blason, es escusado.
Felix. Siempre que à vos se os ofrezca
serviros de mì, hallarèis
en mi pecho esta obediencia.
Luisa. Guardeos Dios, que bien lo creo
de vuestra atencion discreta,
y tambien creo el valor.
Manz. Compañia de ahorcado es esta,
pues os quedais en el Credo.
Leon. Ya sacan luces. *Luis.* Pues entra. *Vans.*
Lope. Sin mì estoy! conocerèlos
si aqui la vida me cuesta.
Felix. Manzano, pues ya ha quedado
sin embarazo mi quexa,
bolvamos, que aun he de vèr
si hallo este alivio à mi pena.
Manz. Si havrà aora otro embarazo?
Felix. Vive Dios, que aunque le huviera
he de ir allà. *Lope.* Cavallero?
Manz. Vele aqui al pie de la letra,
dexando uno, y tomando otro:
hombre, eres Sastre, que llegas
tan tomada la medida?
Felix. Quièn es?
Lope. Quien con vos se engaña,
y quiere por un error
saber quien sois. *Manz.* Mi señor
desciende de la montaña.
Felix. Y à què efecto? *Lope.* Aquessa Dama
con quien venisteis, me obliga
à que os conozca, y os siga,
y sepa à què intento os llama.
Felix. Pues yo à nadie, en caso tal,
satisfago. *Manz.* Y puede creer,
que por no satisfacer,
me dà à mì de comer mal.
Felix. Lo que yo os puedo decir
es, que soy un Cavallero,
lo demàs no. *Lope.* Pues yo espero
saber quien sois, ò reñir.
Felix. Lo segundo està seguro,

mas no tanto lo primero.
Lope. Pues yo, si sois Cavallero,
aqui averiguar procuro
quien sois; si la empressa es vana,
que he de reñir entended.
Manz. Digo, y passaràla usted
por una abuela villana?
Felix. Pues baxemonos al Prado,
que esso es mejor para alli.
Lope. No me he mover de aqui,
sin salir de este cuidado.
Felix. Porque ir allà solo espero,
lo digo. *Lope.* Reñid los dos.
Felix. Pues vete tù. *Manz.* Bien, por Dios.
Felix. Vete, villano. *Manz.* No quiero.
Felix. Què es no?
Manz. Pues con què conciencia
te he de llevar la racion,
si te dexo en la ocasion,
que tienes una pendencia?
Lope. A mi no me se dà nada;
sacad los dos los aceros.
Salen Don Diego, y Martin.
Diego. Què es aquesto, Cavalleros?
Lope. Valgame el Cielo! ya nada,
haviendo llegado vos.
Este Cavallero aqui,
recelè que iba tràs mi,
repuntamonos los dos,
sin causa que importe fama,
quiso aqui reñir conmigo:
consentid en lo que digo, *A Felix ap.*
que es hermano de la Dama.
Felix. Es la verdad, assi fue;
mas la culpa tuve yo.
Manz. Por menos que esso muriò
el quinto hombre que matè.
Diego. Mucho he estimado el venir
à estorvaros la intencion,
que por tan poca ocasion
no fuera justo reñir:
señor Don Lope, mi casa
sabeis que es vuestra; y de vos,
Cavallero. *Lope.* Guardeos Dios,
que esto adelante no passa.
Si vos sois tan Cavallero, *A Felix ap.*
que esso serà cosa llana,
à las seis de la mañana
junto à San Blàs os espero.
Felix. Bien està. *Lope.* Señor Don Diego,
quedad con Dios. *Vase.*
Diego. El os guarde.
Felix. Para mi tambien es tarde.
Diego. Que vos conozcais, os ruego,
mi casa, pues de ella espero,
que os sirvais en ocasion.
Felix. Yo os estimo la atencion.
Diego. Mas esperad, Cavallero.
Manz. Es otra? *Diego.* Por el vestido
aora os reconocì:
vos sois de quien me valì,
y me haveis favorecido
esta noche; y pues sois vos,
aqui conoceros debo.
Felix. No faltarà empeño nuevo,
que nos juntarà à los dos:
yo os buscarè en mas sazon.
Diego. Vos à mi? *Felix.* Bien puede ser.
Diego. Puedo el motivo saber?
Felix. En llegando la ocasion.
Diego. Pues quièn sois saber espero?
Felix. Un Cavallero. *Diego.* Y el nombre?
Felix. Este basta para un hombre;
no soy mas que un Cavallero.
Diego. Basta; apuraros no quiero,
pues lo callais: guardeos Dios.
Felix. No os dè cuidado, que à vos
os buscarà el Cavallero. *Vase.*
Diego. Martin, siguele.
Mart. Esso quiero. *Vase.*
Manz. Quiere usted saber quien es?
Diego. Me hareis favor. *Manz.* Oiga, pues.
Diego. Quièn es este? *Manz.* Un Cavallero.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Don Felix, y Manzano.
Felix. Buelvete tù desde aqui,
que porque las cinco son,
y à las seis es la ocasion,
que llegàras permitì.
Manz. Saber, señor, de tì espero,
por què tanto has madrugado?
Felix. Porque riñe aventajado
quien sale al campo primero.
Manz. Si te quisiere matar
algun enemigo fiero,
madruga, y mata primero,
dice un adagio vulgar:

mas en caso tan incierto,
vive Dios, que es en verdad,
valerosa necedad
madrugar uno à ser muerto.

Felix. Assentado es lo primero,
que ir antes al desafio,
es ser con la ley del brio
mas cabal un Cavallero.
Lo segundo, es necessario
creer, que indiciar temor,
es aumentar el valor,
y la fortuna al contrario;
porque si mi cobardìa
hace su brazo mas fuerte,
es apresurar mi muerte
de su parte, y de la mia:
Luego es cierta consequencia,
que en tal caso la osadìa,
aun mas que à la bizarrìa
se debe à la conveniencia.

Manz. Desafiò à otro un Portuguès,
y le esperaba en un monte,
que el subir à su orizonte
cansàra à un gato montès.
Llegò allà el desafiado,
muerto del passo prolixo,
y en viendo al contrario, dixo,
molido, y desalentado:
Yo no me puedo mover,
para què me llamò aqui?
y èl respondiò: Porque assī
teño menos que facer.
Tù no has dormido, à mi vèr,
por venir temprano acà;
pues si vienes muerto ya,
què tendrà el otro que hacer?

Felix. Las obligaciones mias
no andan bien, sino à este passo.

Manz. En el reñir està el caso,
no en essas filoterìas:
y Dios, señor, me es testigo,
que saldrè yo por mi honor
à reñir con un Dotor,
que es el mas fuerte enemigo:
mas si à tal hora, señor,
me llamàran con desdèn,
havia de dormir muy bien,
almorzar mucho mejor,
venir de espacio, y no à pata,
y le havia de matar
à puro hacerle esperar,
que es la cosa que mas mata.

Felix. No es bien hacerle esse ultrage
al que al campo me sacò.

Manz. Pues à què me combidò,
para que yo le agassaje?

Felix. Tu buen humor maravilla;
vete ya sin responder:
ya sabes lo que has de hacer.

Manz. Aquesso està de cartilla,
callar, y irme de camino,
por si fueres mal parado,
tenerte alli aparejado
huevos, paños, y buen vino;
que esto no se puede errar,
aunque tengas mas ventura,
pues si no es para la cura,
servirà para almorzar.

Felix. Vete. *Manz.* A encomendar à Dios
al otro voy, passo à passo,
por si Dios quisiere acaso
llevarse à uno de los dos.

Felix. Pues èl, por què mas te mueve
à esse ruego tan fiel?

Manz. Para que le lleve à èl,
y tambien para que lleve. *Vase.*

Felix. Nunca conocì al temor;
pero esperar à reñir
con lugar de discurrir,
es la accion de mas valor.
Un hombre viene àzia alli,
poner la mascara quiero.

Cubrese el rostro, y sale Don Lope.

Lope. No sè si vengo el primero,
pues està ya un hombre aqui:
pero que no es èl infiero,
pues con mascarilla està.

Felix. Pues no llega, no serà
aqueste hombre el que yo espero.

Lope. Pero si èste se està aqui,
nos puede el lance estorvar.

Felix. Mas si èste aqui se ha de estàr,
puede presumir de mì,
que conmigo le he traido;
pedir que se vaya quiero:
esto ha de ser. *Lope.* Cavallero,
yo à esperar aqui he venido
una Dama, y si los dos
estamos aqui, al llegar,
con vos se ha de embarazar;

y os suplico, que si à vos
no os importa, de aqui os vais,
pues en este empeño estoy.
Felix. Antes pienso yo que soy
essa Dama que buscais.
El citaros para aqui
en la calle de Alcalà,
no fue anoche? *Lope.* Bien estàs
mas còmo venìs assi?
Felix. La màscara reparais?
Lope. Si reparo; pues infiero,
que no es ley de Cavallero,
ni al buen duelo os ajustais.
Felix. Pues escuchad la razon,
que ni la ley se atropella,
ni dexo en esta ocasion
de cumplir mi obligacion
muy ajustado con ella.
Ningun hombre à pelear
puede salir embozado,
porque se puede arriesgar
à que alguien pueda pensar,
que èl no fue el desafiado.
Yo, en tal duda, es cosa clara,
que no incurro, pues es cierto,
que ignorandome la cara,
la misma duda os quedàra,
si saliera descubierto.
Supuesto esto, y assentado,
que lo que se pide en duelo,
no ha de hacer el que es honrado,
quando està desafiado
un hombre, sobre recelo,
si aunque sea por desdèn,
antes del duelo, hace tal
lo que le piden tambien,
aunque en reñir quede bien,
en hacerlo queda mal.
Vos al campo me sacais,
por conocerme atrevido,
si encubierto no me hallais,
antes de reñir llevais
el intento conseguido.
Y quiero en esta ocasion,
pues puedo cubrirme atento,
sin arriesgar mi opinion,
cumplir con mi obligacion,
sin lograros el intento.
Lope. No salìs igual assi.
Felix. Antes igual he salido;
la causa que os trae aqui,
desconocido os la dì,
y salgo desconocido.
Lope. La intencion tiene estrañeza
mas aguda, y bien pensada.
Felix. Pues hable ya la destreza,
y hallarèis mas agudeza
en los filos de mi espada. *Riñen.*
Lope. El nombre de Cavallero
desempeñais bien, por Dios.
Felix. En todo mostrarlo espero.
Lope. Tened, que perdì el acero.
Felix. Bolved à cobrarle vos.
Lope. Herido, lo intento en vano.
Felix. Que yo os le alcanzàra es llano,
mas fuera accion desairada,
que en el campo vuestra espada
no està bien en otra mano.
Lope. Con un dedo menos quedo.
Felix. Podeis reñir? *Lope.* Ya es en vano,
y por aora no puedo,
no por la herida del dedo,
que sana tengo otra mano:
y quando herida quedàra
tambien estotra, y la herida
tomar la espada estorvàra,
con los dientes la tomàra,
hasta rematar la vida;
que nunca en mi bizarria
tener la mano passada
causa à no reñir daria,
sino la galanterìa
de dexarme alzar la espada.
Felix. Pesame, que esteis herido,
quando sin esso esta accion
pudiera haver sucedido,
porque yo solo he venido
à cumplir mi obligacion:
que padece mucho engaño
quien piensa que es valentìa
solo herir; mas yo lo estraño,
pues para mi bizarria,
no he menester vuestro daño:
ataros quiero en la mano
este lienzo. *Lope.* Ya no espero
dudar quien sois, pues es llano,
que tan noble cortesano
bien se llama el Cavallero.
Mas siento ir tan obligado
de vos, porque aunque esta accion,
en

en quanto al lance passado,
cessa aqui, me hallo forzado
à buscar nueva ocasion;
porque yo quiero à la Dama
con quien os vì, y de este empeño
no se ha de apartar mi llama,
y por cumplir con mi fama,
os declaro que es mi dueño.
Y ya, por lo que sospecho,
siempre que con ella à vos
os encuentre, à mi despecho,
si no quedo satisfecho,
hemos de reñir los dos;
y yo tendrè esta razon
mientras mi duda os ignora.
Felix. Perdeis la satisfaccion,
que sin essa condicion
os pudiera dar yo aora;
porque haviendo yo reñido,
desengañaros pudiera,
mas haviendo prometido
reñir, pensarà qualquiera,
que por escusarlo ha sido.
Y pues esso prometeis,
si me hallais en esse extremo,
vos hareis lo que debeis,
y yo que en duda quedeis,
porque no penseis que os temo.
Lope. Mas por lo passado ya
quedamos los dos amigos.
Felix. Hasta aqui ajustado està,
despues el tiempo os dirà
si hemos de ser enemigos.
Lope. A Dios. *Felix.* A Dios: feliz duelo!
Lope. Mas oìs, yo, por si acaso,
soy Don Lope Enriquez. *Felix.* Cielo,
ya à mayor silencio apelo, *ap.*
pues por su hermana me abraso:
yo, por lo dicho, no quiero
decir quien soy. *Lope.* Quando os tope
otra vez saberlo espero;
y à Dios, que yo soy Don Lope.
Felix. Pues yo soy un Cavallero. *Vanse.*

Salen Doña Ana, è Inès.

Ana. Inès, yo estoy sin alma, y sin sentido,
que no solo Don Felix ha venido
sin haverme avisado,
sino que enamorado
de Doña Luisa, olvida mis finezas.
Inès. En esso pàran todas las bellezas,
que llegan à querer, señora mia.
Ana. A fè, Inès, que mi amor no merecia
el desprecio que lloro,
que aun ofendida, su traicion adoro:
mas què puedo yo hacer?
Inès. Pues te provoca,
la ocasion tienes à pedir de boca:
Don Diego no te quiere? amale luego.
Ana. No me hables en tu vida de D. Diego,
que no podrè escucharte tan sufrida,
si otra vez me le nombras en tu vida.
Inès. Zape, aun no està en estado; *ap.*
mas yo paguè un bolsillo que me ha dado,
que Dios sabe de aquesta diligencia,
que la hago por cumplir con mi conciencia.
Pues, señora, si en esso estàs vengada,
tu hermano no te tiene ya casada?
aunque ignores tu esposo, haya mudanza,
y casate con èl. *Ana.* Buena venganza;
tengo la culpa yo de este enemigo,
que quieres que me diera esse castigo?
Inès. Pues què puedes hacer, quãdo èl se muda?
Ana. Valerme del socorro de la duda.
Inès. Duda aqui, quando tù fuiste testigo
de todo el lance que passò conmigo,
y yo de que èl la estuvo aqui esperando,
y la fue hasta su casa acompañando,
y ella muy satisfecha, y muy mirlada,
me dixo: Inès, yo vine assegurada
con este Cavallero, y por sentillo,
se me ahuecò la boca con tonillo;
y èl la dixo: esta es deuda en mi cuidado;
à que ella respondiò: ya està pagado?
Ana. Pagado dixo? Inès, sin alma vivo!
Inès. Y le quiso mostrar alli el recibo:
nunca los cuentos tienen sal bastante, *ap.*
si no aña le un poquito el relatante.
Ana. El corazon me abrasa una centella.
Inès. De quien yo me vengàra, fuera de ella.
Ana. Pues què culpa ha tenido Doña Luisa,
si mi amor mi recato no la avisa,
y ya es tarde? esta pena me atribula!
Inès. Ay, señora! tu hermano. *Ana.* Dissimula.

Sale Don Lope. Doña Ana?

Ana. Hermano: ay Dios! pena crecida!
què tienes en la mano? *Lope.* Es una herida,
no cosa de importancia, que me dieron
aora en un disgusto.
Ana. Ay Dios! quièn fueron?
Lope. Tù, Doña Ana, pues ya de mi amor sabes,
que

que de tì fio yo cosas mas graves,
no importarà que sepas este empeño:
Doña Luisa, no sè si ingrato dueño,
que aun no està la verdad averiguada,
vino à su casa anoche acompañada
de un Cavallero, que con un criado
hasta su puerta fueron à su lado.
Quise reconocerle, mas fue en vano;
al intentar reñir, vino su hermano,
desafièle entonces en secreto,
salimos oy al campo, y en efeto
anduvo tan bizarro, y tan brioso,
que concluir el duelo fue forzoso,
quedando yo alli herido,
y sin poder haverle conocido.

Ana. Inès, ya yo del todo desespero,
y no tengo sentido sino muero.

Inès. Tomate essa, señora, y yo me alegro,
que aora havia yo de amar à un negro,
quanto mas à Don Diego, que te adora.

Ana. Si oy salisteis al campo, no fue hora
de conocerle con la luz que brilla?

Lope. No, que saliò à reñir con mascarilla,
que en mi vida oì cosa tan estraña.

Inès. Sacastele à danzar à la campaña?

Lope. Lo que de èl saber pude, fue primero,
que solo era su nombre un Cavallero.

Ana. Inès, yo estoy penando en un abismo.

Inès. A nosotras nos diò con esso mismo;
flor nueva traen de Flandes los galanes,
havrà venido entre los tulipanes.

Dentro Don Juan.

Juan. Ha de casa? està acà el señor D. Lope?

Ana. Inès, mira quien es.

Inès. Ya hace su entrada.

Lope. D. Juan de Toledo es, no importa nada
que estès tù aqui. Don Juan?

Sale Don Juan. El Cielo os guarde,
y à vos, señora: yo desde ayer tarde
à mi hijo Don Felix esperaba:
èl no ha venido aun, y aora acaba
un camarada suyo de avisarme,
que de oy passar no puede su llegada,
porque ante ayer quedaba à una jornada:
y pues ha de venir, como imagino,
yo voy à recibirle oy al camino,
y à que me acompañeis solo he venido.

Lope. Esso en mi obligacion es ya debido,
è irè gustoso allà, por conocerle;
mas advertid, que pues no haveis querido,
que le diga à mi hermana, como ha sido
vuestro hijo con quien està casada,
hasta que aquella muerte estè ajustada,
porque no se presuma su venida,
y de esto nazca el riesgo de su vida,
es bien callarlo hasta que estè presente.

Juan. Vos obrarèis en esso cuerdamente.

Lope. Vamos, señor Don Juan.

Juan. Guardeos el Cielo. *Vase.*

Ana. Inès, mas evidencias al recelo;
mira si desde alli viene prendado,
pues no ha visto à su padre.

Inès. El te ha engañado.

Lope. Siendo para tu dicha, sabe, hermana,
que tu esposo tambien viene mañana.

Ana. Còmo el esposo mio?
pues, Lope, yo nacì sin alvedrio?

Lope. No buelvas à la rèplica passada,
porque mañana has de quedar casada. *Vase.*

Ana. Inès, has visto la desdicha mia?

Inès. Parece que te afligen à porfia.

Ana. Quando està aqui D. Felix, tràs su ausencia,
que me puede amparar de esta violencia,
quiere à otras fortunas mas violentas?
Inès, saca los mantos.

Inès. Pues què intentas?

Ana. Sacalos luego. *Inès.* Voy à obedecerte.

Ana. Aunque esto sea averiguar mi muerte,
yo lo he de ir à saber de Doña Luisa.

Inès. No diràs, què no sirvo bien aprisa.

Ana. Ponmele luego. *Inès.* Dònde vàs, señora?

Ana. A vèr à Doña Luisa voy aora,
y à salir de una vez de mis desvelos.

Inès. Haces muy bien, salgamos de estos zelos,
que por Manzano yo tambien me abraso:
pues què uñas llevo yo, para si acaso!
yo sè, que à la Leonor, si se las hinco,
la harè saber muy bien quantas son cinco.

Sale Manz. Jesus, y què peligro, si èl repara!
al hermano encontramos cara à cara.

Ana. Quièn es?

Manz. Quien, porque un riesgo ha desviado,
entra diciendo, sea Dios loado.

Inès. Señor Manzano el de la espada floja?

Manz. Tù has conocido el arbol por la hoja.

Ana. Inès, yo estoy turbada: còmo ha sido,
ò por què à entrar aqui te has atrevido?

Manz. Riesgo es, donde hay hermanos tan tenaces,
mas la fortuna ayuda à los audaces.
Don Felix mi señor pide licencia

pa-

para reñir contigo una pendencia,
que anoche fue de aqui descalabrado;
mas yo pienso, por bien acuchillado,
que venir à reñir zelos de ausencia,
es pedir cura, en tono de pendencia.

Ana. Y dònde està Don Felix?

Manz. Aqui viene.

Ana. Si entra mi hermano, gran peligro tiene:
Inès, avisa para que se vaya.

Inès. En la puerta me pongo de atalaya.

Sale Don Felix.

Felix. Despues de un año de ausencia,
y mil siglos de temor,
buelvo à tus ojos, señora,
no el que fuì, sino el que soy:
no à ponderar la fineza
de mi errado corazon,
que abreviò el camino en alas
de su mentido favor,
ni à quexarme de haver visto
otro mas feliz que yo;
que olvidarme por el digno,
no es culpa, sino eleccion.
No vengo, pues, à quexarme,
que he menester mi passion
para morir, y en la quexa
se desvanece el dolor.
Solo à darte el parabien
vengo aqui del nuevo amor,
que siendo tuyo, es preciso
ser digno de tu atencion.
Yo le vì anoche, y al verle
me precipitò el furor;
que al estrenar una hoja,
no es mucho errar una voz.
Mas despues, bolviendo en mì,
conocì, que querer yo
dexarte sin alvedrio,
fuera tirana razon.
Lo que fuera justa quexa,
fuera fingir el favor,
si haviendo de amar à uno,
nos engañaras à dos.
Esto en ti no lo presumo,
que es tal mi veneracion,
que imagino mi desdicha,
por no presumir tu error.
Lo que he visto, y lo que creo,
es, que si mi dicha era flor,
muriò al faltar de tus ojos,
por el ausencia del Sol.
Con la gala de tu gracia
pude merecer tu amor,
perdìla; pero sin culpa,
fue desdicha, agravio no:
que la gracia que me hacia
digno de tu estimacion,
fue gracia, y pudo negarla
la deidad que me la diò.
Mi sentimiento, y mi quexa,
solo à mi estrella la doy,
que quedar sin quexa un triste
fuera excesso del rigor.
Y pues para mi tormento
tengo bastante razon,
pues no puedo de quexoso,
de infeliz à morir voy.
Yo morirè, dueño (ay Cielos!)
dueño dixe? sin mì estoy;
dueño mio iba à decir,
fue osadia; pero no,
que si ya para adorarte
no he menester tu favor,
aunque la ultrajes, no puedes
estorvar mi adoracion.
Yo morirè; y por si acaso
fue industria en tu indignacion
levantarme, para hacer
mi precipicio mayor,
yo te lograrè la industria,
y veras en mi afliccion,
que muero de mi fineza,
primero que del dolor.
Y con esto, à Dios, señora,
que ya que el alma la viò,
quiero morir, mas no oìr
la sentencia de tu voz.

Ana. Señor Don Felix, oìd,
escuchad: valgame Dios!
si haveis dicho, y yo os he oìdo,
oìd, que aora entro yo.

Manz. Gran cosa es vèr dos amantes,
que como dos monos son,
que quando llegan à riña,
muy armados de furor,
se tocan, y no se muerden,
y luego juegan los dos.

Ana. Primero, señor Don Felix,
que os responda, seais vos
muy bien venido, que al veros
mil

mil parabienes me doy.
Y aora bolviendo al caso,
en quanto si quiero yo,
si olvido, ò si favorezco
otro mas digno que vos,
no replico, porque sè
de essa industria la intencion,
y por fingida os respondo
con vuestra misma razon.
Si vos intentais dexarme,
y à esso os mueve otra aficion,
què necessidad teneis
de fingir que os dexo yo?
Vos decìs, que en mì el mudarme
no es culpa, sino eleccion;
pues lo que no es culpa en mì,
por què puede serlo en vos?
Luego si podeis, sin culpa,
mudaros, pues libre sois,
què mejora la mudanza,
vestida de esse color?
Demàs de que, què embaraza
à un galàn, que sin temor
con tres hombres en la calle,
por su Dama se empeñò?
Que despues la fue siguiendo,
y esperando su atencion
que saliesse de una casa,
à la suya la llevò.
No digo que era la mia,
que hace el desprecio mayor,
ni que yo venia à su lado
quando por ella riñò,
ni que ella era Doña Luisa,
porque en materias de amor
esto de nombrar las partes
es muy gran desatencion.
Y para que estas sospechas
se desmientan, si lo son,
ir por ella à un desafio,
herir al competidor;
que como èl era mi hermano,
y tan recatado vos,
viniendo herido à mi casa,
no pude saberlo yo.
Y puesto, señor Don Felix,
que esto no os embarazò,
lo que no fingìs ayer,
para què lo fingìs oy?
Què teme en mì essa cautela,
si se mudò vuestro amor?
yo de vos quexarme puedo;
pero remediarlo no.
Si es querer que no me quexe,
por conocer mi razon,
suponerme esse delito,
no es escusarme el dolor.
Señor Don Felix, si es culpa
la mudanza, ò si es traicion
el fingirme à mì culpada,
no os libra à vos de traidor.
Que tenga razon mi quexa
no os estorva vuestro amor;
y pues no tengo otro alivio,
no me quiteis la razon.
Yo todas mis esperanzas
tenia puestas en vos,
mas ya solo las tendrè
en mi desesperacion.
Mi hermano, señor Don Felix,
casada me tiene, y oy
el ultimo plazo ha sido
que dà à su resolucion.
Mas lo que yo os asseguro,
ofendida como estoy,
es, que he de morir primero,
que à otro dè mi corazon:
porque si vuestra mudanza
es liviandad, no es razon
el vèr en vos un delito,
para cometerle yo.
Ni esto es querer obligaros,
porque la palabra os doy
de sacarme antes los ojos,
que tenerlos para vos.
Esto es daros à entender,
que yo siempre soy quien soy,
aunque vos seais ingrato;
idos aora con Dios.

Felix. Doña Ana, detente, escucha.

Sale Inès alborotada.

Inès. Ay señora! muerta estoy!
mi señor ha buelto à casa,
todo perdido el color,
y las puertas ha cerrado,
que quando Manzano entrò,
los debiò de vèr sin duda;
aqui nos mata à las dos.

Ana. Ay de mì! señor Don Felix,
si aqui aora (muerta estoy!)

 es-

escondeos en mi quarto.
Felix. No puedo esconderme yo,
morir, y ampararte, si.
Manz. Pues yo me escondo, señor,
que tengo azar con hermanos,
y todos pienso que son
descendientes de Caìn.
Felix. Tente, villano. *Manz.* Esso no,
que tiemblo de la Hermandad,
porque he sido salteador. *Vase.*
Ana. Para que ampareis mi vida
os lo suplìco, señor,
si veis que tengo peligro.
Felix. Para esse empeño aqui estoy. *Retir.*
Al paño Lope. Por mas que dissimulè
la pena, y la turbacion,
no pude apartar de mì
à Don Juan; sin duda viò
los dos hombres, que aqui entraban
quando salimos los dos,
y no ha querido dexarme:
mas de aqui nadie saliò,
y està cerrada la puerta,
aora sabrè quien son. *Sale.*
Hermana? *Ana.* Yo estoy sin alma!
Lope. Quando yo salia vì dos
hombres, que entraron aqui:
dònde estàn? *Ana.* Yo (muerta estoy!)
hombres, Lope? yo, tù, quando::-
Lope. Ya es prueba tu turbacion
de mi afrenta, y tu delito.
Ana. Què es lo que dices, señor?
hombres aqui? à hablar no acierto!
Lope. Yo los vì, no fue ilusion;
y aunque pueda ser tu esposo
alguno, aqui, vive Dios,
los he de matar contigo.
Ana. Lope, mira::- *Lope.* Esso es error:
mas todo esso es perder tiempo:
de este modo à tu traicion
le he de quitar la salida:
yo lo verè: sin mi voy! *Vase.*
Ana. Ay Inès! què hemos de hacer?
la puerta al quarto cerrò.
Inès. La traspuerta del Jardin
està abierta, echemoslos
por ella presto, señora.
Ana. Bien dices: Felix, señor, *Sale.*
por la puerta del Jardin
te puedes ir. *Felix.* Esso no,
viendo tu riesgo, no puede
faltarte aqui mi valor.
Ana. Vete luego. *Felix.* Esso es locura.
Ana. Vete, y mira por mi honor.
Felix. Dexando à riesgo tu vida,
no lo he de hacer, vive Dios.
Ana. Pues aqui què medio cabe?
Felix. Ponerte en salvo. *Ana* Esso no,
que primero he de morir.
Felix. Pues lo mismo dirè yo.
Dentro Don Lope.
Lope. Traidor, en vano te escondes.
Inès. Ay, que à Manzano encontrò!
Felix. Entrarèle à defender.
Ana. Tente, Don Felix, por Dios,
que aquesso es perderlo todo.
Felix. Ya detenerme es peor.
Ana. Don Felix, libra mi vida,
que aunque sea indigna accion,
donde todo està perdido,
este es el daño menor.
Sale Manzano. Señor, que viene tràs mi.
Inès. Presto, señora, por Dios,
que nos cortan. *Ana.* Vè delante.
Inès. Hermanitos, afufon.
Ana. Mira, que hay golpe en la puerta,
Don Felix: sin alma voy!
que el escusar mayor daño
me obliga à hacer este error,
à pesar de mi decoro. *Vanse.*
Sale Don Lope. Espera, aleve, traidor.
Dentro Inès. Echa el golpe.
Lope. Ha vil, cobarde!
el golpe à la puerta echò,
de que yo me havia olvidado,
y por ella se escapò:
infame, cobarde, què huyes?
espera. *Dentro Don Felix.*
Felix. No huyo de vos,
poner en salvo estas Damas
es mi primera atencion.
Y para que conozcais,
que no puedo huir, yo soy
aquel mismo Cavallero,
que oy en el campo os hiriò.
Lope. Harè la puerta pedazos:
ay de mì! que mi furor
me cegò à no prevenirla:
yo te buscarè, traidor.
Quièn serà este Cavallero,

que

que tirano de mi amor,
de mi honor tambien lo ha sido?
mas la pena mas atroz
es, que Don Juan es testigo
de todo mi deshonor.
Mas ya la quexa es estorvo,
y pues èl todo lo viò,
para hallar à mi enemigo
me valdrè de su valor.
Cielos, en tanta desdicha,
como padeciendo estoy,
que este sea Cavallero
es el consuelo mejor. *Vase.*

Salen Inès, y Manzano.

Manz. Entra, Inès, q̃ aqui el riesgo se mejora.
Inès. En mi vida he corrido como aora;
cierra, que ha sido dicha no pensada,
que estuviera tan cerca la posada.

Salen Don Felix, y Doña Ana.

Felix. Doña Ana, pues ya el lance ha sucedido,
por mi respeto, y por tu honor te pido,
que no me hables de quexas, ni de amores,
que solo han de servir de hacer mayores
mis sentimientos, y que falte al trato
de la atencion que debo à tu recato;
solo tratemos de enmendar el daño,
que ha sucedido, sin hablar de engaño,
que yo, como otra cosa no me pidas,
perderè en tu defensa dos mil vidas.
Ana. Còmo no? habla, D. Felix, que estoy loca;
y quando al alma essa traicion le toca,
no hay riesgo de la vida que me altere:
yo hablè anoche con hõbre que me quiere?
yo galàn? tù le viste, y yo lo estraño;
à no pensar, Don Felix, que tu engaño
lo finge por dexarme, cara à cara,
vive Dios, que del pecho me sacàra
el corazon, porque con mas pureza
viera con èl tu engaño, y mi fineza.
Felix Dices bien, yo lo finjo por dexarte,
yo estoy enamorado en otra parte,
y es cautela, y traicion, y intento vano;
pero tambien lo fingirà Manzano,
que lo viò, y lo dirà por darte enojos.
Ana. Tù lo viste? *Manz.* Mas fue con estos ojos.
Inès. Ay triste, que ellos vieron à Don Diego!
de arriba abaxo se me abriò el talego.
Ana. Tù viste hablar cõmigo un hombre, loco?
Manz. Valgame Dios! ni tanto, ni tan poco:
hablarle tù, ya fuera demasiado;
pero llamò à tu reja un embozado,
y tù luego saliste,
y con èl media hora te estuviste;
pero que tù le hablasses? no señora,
que yo no digo, que eres tu habladora.
Ana. Hombre llamò à mi reja?
Manz. Y en persona.
Ana. Traidor, villano, mientes.
Manz. Pues perdona,
que bien pudo engañarse mi deseo,
porque èl no era mayor que un Filisteo.
Ana. Inès, has visto tal bellaquerìa?
Inès. Que esto es todo maldad, señora mia:
negar importa aqui, aunq̃ el gal lo cante:
miren què buen testigo era el vergante!
mi ama à la ventana? havia cenado?
Manz Pues à fè, que yo no era el assomado.
Dent. Diego. Ha de casa. *Felix.* Quièn es?
Inès. Señora, al centro.
Manz. Es un hombre, señor, q̃ entra acà dentro.
Felix. Retirate, Doña Ana.
Ana. Ay suerte impìa!
Inès. Calla, señora, que es bellaqueria
andarnos escondiendo à troche, y moche.

Escondense las dos, y sale Don Diego.

Diego. Buenas señas tomò Martin anoche,
quando por mì siguiò à este forastero:
perdonad la licencia, Cavallero,
que una duda à un peligro eslabonada,
me ha obligado à buscar vuestra posada,
y por haverme vos favorecido
anoche, oy à buscaros he venido.
Felix. Cielos, este es la causa de mi daño!
mas aqui se ha de vèr el desengaño.
Ana. Ay Inès, què desventura!
Don Diego es el que ha venido.
Inès. Jesus, que todo el vestido
se và por la picadura!
Felix. Decid, pues, lo que quereis.
Diego. Para mi intento, primero
fiaros el alma quiero:
ya vos anoche sabeis
que yo à una Dama assistia.
Ana. Si esto lo dice por mì?
Inès. Calla, y oye desde aqui.
Diego. Un año ha, que la servia,
y en los seis primeros meses
no merecì à sus enojos,
que me mirassen sus ojos:
despues mis ansias corteses

la obligaron al agrado,
y al fin mi amor advirtiò,
y mis finezas pagò
con un honesto cuidado.
Felix. Si querrà aora Doña Ana *ap.*
decir que esto es ilusion?
que me niegue esta traicion!
Manz. Oyendo estàn la pavana:
de suerte, que aquessa Dama
ha seis meses empezò,
y à los otros seis cayò?
Diego. Fue fineza de su fama,
quando para castos lazos
mi honesto amor la procura.
Manz. Essa Dama es escritura,
que se concertò en dos plazos?
Diego. En seis meses no admitiò
un afecto su beldad.
Manz. Bien digo yo, la mitad
para San Juan se rindiò.
Diego. Gastè un año en obligarla.
Manz. Velo aì, la otra mitad
cayò para Navidad;
bien podeis executarla.
Ana. Inès, èl no habla de mì.
Inès. Pardiez buenas boberìas;
tendrà èl ciento, pues querìas
que te amàra sola à tì?
Diego. Y en fin, quando mi deseo
su amor podia lograr,
yendola aora à buscar,
cerrada su casa veo,
y que de ella se ha salido
por un acaso que ignoro:
yo con la fè que la adoro
pienso que la causa he sido:
porque como anoche vos
con la Justicia reñisteis,
aunque, como vos lo visteis,
yo no lo supe, por Dios,
puede ser que la malicia
de la necia vecindad
dè causa à esta novedad,
si contra su honor se indicia.
Y assi os vengo à suplicar
me digais, pues esto passa,
si saliò de alguna casa
alguien que os vino à ayudar,
ò què passò en la pendencia,
por si algun indicio se halla,
con que yo para buscalla
pueda hacer la diligencia.
Ana. Inès, no vès lo que passa?
por mì es esto. *Inès.* Dale bola;
pues pensabas ser tù sola
la que se và de su casa?
Felix. A no ser indigna accion, *ap.*
aqui llamàra à Doña Ana,
porque viera esta tirana
concluida su traicion.
Este hombre mi amor ignora:
què harè en lance tan cruel?
declararme yo con èl
no conviene por aora.
Cavallero (esto ha de ser)
quando anoche reñì yo,
nadie à ayudarme saliò,
ni yo lo huve menester,
que sobrò mucho à mi espada:
lo que supe es, que reñì,
que huyeron, que los seguì;
de lo demàs no sè nada.
Diego. Esto es valerme de vos,
por si hallaba claridad:
guardeos Dios, y perdonad
el cansaros. *Vase.*
Felix. Id con Dios.
Manz. No es mejor decirle à esse,
que estàn aqui estas señoras?
Salen Doña Ana, è Inès.
Felix. Niega aora, ingrato dueño
de mis ansias, niega aora
lo que à tus ojos confiessa
el que mi pena ocasiona.
Diràs aora, que finjo?
diràs que es traza engañosa
para dexarte? diràs
que de otro amor se provoca
el dolor con que me quexo?
mas sì diràs, quièn lo estorva?
que quien niega lo que vì,
negarà lo que oigo aora.
Ana. Don Felix, què es lo que dices?
que haràs que me buelva loca:
no es Don Diego de Ribera
esse hombre, à quien desdeñosa,
con mas desaires desprecio,
que èl con finezas me enoja?
Felix. Y como que son desaires,
venir anoche de ronda

à dar musica à tu calle,
llamar à tu rexa propia,
salir tù, hablarle, y cantar;
y porque mi ansia zelosa
llegò à quexarse à la rexa,
darme tù, porque èl lo nota,
con la ventana en los ojos,
satisfaccion bien airosa:
mira tù si son desaires,
ò finezas à mi costa.

Ana. Cielos, què es esto que escucho!
tù llegaste à aquella hora?
èl la musica traìa?

Manz. Y las coplas, y la ronda,
y la pendencia tambien;
pero fue el bobo de Coria,
que nos dexò en la pendencia,
y se fue à hacerte mas coplas.

Ana. Inès, què es esto que dicen?
sabeslo tù? *Inès.* Yo, señora,
què he de saber yo? *Manz.* Jesus!
de què ha de saberlo estotra,
si ella no es mas que Aduana
por donde passan las cosas?

Ana. Don Felix, viven los Cielos,
que me obligas à que rompa
con tu respeto, y el mio,
si essas traiciones abonas.
Añadirme tù otra pena
à la que vès que me ahoga,
es tirar à hacer mortal
el golpe de mi congoja.
Y si te cansa mi vida,
porque otro amor te provoca,
donde està el de verte ageno,
qualquiera tormento sobra.
Què vida podrà quedarme,
quando vea que à otra adoras?
pues para què es otro golpe,
si esse me la quita toda?
Si es querer hacer mi muerte
mas afligida, y penosa,
muerta la vida de amor,
no hay sentido para otra.
Pues si esto, señor, es cierto,
no en el veneno interpongas
la dulzura del engaño
à lo amargo de la copa;
franqueame la bebida,
y muera de una vez sola,
que es matar con avaricia
cobardìa rigurosa.
Mas si mi estrella conoces,
bien haces, finge, ocasiona,
añade rigor, desmiente,
busca engaños, busca formas,
que segun soy de infeliz,
en penas tan dolorosas,
muriendo de cada una,
tendrè vida para todas.

Felix. Manzano, yo he de perder
el juicio. *Manz.* A buena hora;
pues quien viò lo que viò anoche,
y à vèr à su Dama torna,
tiene juicio que perder?

Felix. Fue ilusion, fue sueño, ò sombra
lo que vì, y lo que à Don Diego
escuchè aqui de su boca?

Manz. Señor, puede ser. *Felix* Pues còmo,
si lo vì, y lo escucho aora?

Manz. Porque lo vì yo tambien.

Felix Què dices? *Manz* Pues esso ignoras?
uno no puede engañarse;
pero dos, es facil cosa;
y si no digalo Inès.

Inès. Pues yo sè de essas historias?
me dà lugar mi labor
de andarme viendo essas sombras?

Manz. Tù, què has de vèr de un galàn,
que festejò à una señora?

Inès. Claro està, que no veo nada.

Manz. No vès nada; pero tocas.

Inès. Què he de tocar?

Manz. Tus derechos,
porque tù no te sobornas.

Felix. Doña Ana, para que yo
no me desespere aora
de no sufrir lo que finges,
y de sentir lo que lloras,
de haver visto yo un galàn,
que en tu presencia conforma
lo que mi oìdo acredita,
à lo que mis ojos notan;
què disculpa puedes darme?
piensala, que si la logras,
te perdonarè el engaño,
por lograr essa lisonja.

Ana Pues es menester pensar
una verdad tan notoria?

Felix. Pues què verdad hay en esto?

Ana.

Ana. Que tù à su hermana enamoras,
y èl à mì, y fingìs los dos
lo que à entrambos os importa.
Manz. Encontròsela, y al buelo;
vive Dios, que es cazadora.
Felix. Pues tù quieres que yo finja
lo que en mì primero corta?
Ana. Pues què corta en tì primero?
Felix. Pues no corta en quien te adora
el cuchillo de perderte?
Ana. Què tiernamente lo notas!
làstima es que no te crea;
duele mucho lo que corta?
Felix. Pues no me quita la vida?
Ana. No es mucho mal donde hay otra.
Felix. Bien dices, donde hay la tuya,
que la adoro, aunque no es propia.
Ana. No te consueles con ella,
que te asseguro, que es poca.
Felix. Dexemos esto, Doña Ana,
que si tu hechizo te abona,
por no perder tu dulzura,
passarè por mi deshonra.
Sale Leonor con manto.
Leon. Està aqui el señor Don Felix?
Felix. Quièn es? *Manz.* Una muger sola.
Felix. Pues señora, què mandais?
Leon. Doña Luisa mi señora
os suplìca, que mañana
os llegueis à la Victoria,
que allì à las diez os espera,
porque el hablaros la importa.
Ana. Ha ingrato amante! ay Inès!
mira aqui si se conforma
este recado, y su quexa?
Felix. Pues à mì essa mi señora,
què me tiene que mandar?
Ana. Si, dissimulalo aora,
que esto està muy disfrazado.
Leon. Teniendola tan quexosa,
que por ella à un desafio
salìs, en vano lo ignora
vuestro descuido, señor.
Ana. Huelgome que ella responda
al intento de tu engaño.
Felix. En esto estraño dos cosas,
una el saber mi posada,
y el que me busque la otra,
porque yo tuviesse un duelo.
Leon. De la una à mì me toca
dar razon, pues un criado
que os siguiò anoche à deshora,
nos dixo vuestra posada;
la otra toca à mi señora,
y ella os darà razon de ella.
Felix. Pues decidle, que à essa hora
irè à vèr lo que me manda.
Leon. A Dios, que ella serà pronta. *Vase.*
Ana. Mira aqui, tirano dueño,
mira si se ha visto toda
la intencion, mal prevenida
de tu quexa cautelosa.
Felix. Què, piensas que te he de dar
satisfaccion? no, señora,
que ni de tì quiero oirla,
ni que tù de mì la oigas.
Ana. Pues si tu traicion he visto,
para què à negarme tornas?
Felix. Esso es imaginacion,
y aquesta es verdad notoria.
Ana. A lo que miran los ojos
imaginaciones nombras?
Felix. Lo que yo oì, y lo que vì
tiene prueba mas forzosa.
Ana. Pues què tienen tus sentidos,
que à los mios se mejoran?
Felix. Vèr yo lo que es evidencia,
y tù una apariencia sola.
Ana. Apariencia es ir al campo,
por la Dama à quien adoras?
Felix. Si, que sin amor se riñe,
si el enojo lo ocasiona.
Ana. Y te busca sin amor,
ya que sin èl te provoca?
Felix. No ha dicho ella que la quiero,
como èl, que à tì te enamora.
Ana. Esso es concierto de entrambos.
Manz. Ya es de mala essa pelota.
Inès. No sino buena, y rebuena.
Manz. Pues pidase à la redonda,
y pido falta tambien,
porque te tocò en la ropa.
Ana. De suerte, que porque estoy
sujeta à tu amparo aora,
quieres que valga tu engaño
mas que mis verdades todas?
Felix. Doña Ana, esso es apurarme,
y aun obligarme à que rompa
el coto de tu decoro,
y con voz escandalosa

te trate como à muger,
que à dos à un tiempo enamora.
Ana. No hagais tal, señor Don Felix,
que aunque un riesgo me congoja,
aunque un peligro me oprime,
sabrè, amparando mi honra,
morir, y no permitir,
que useis licencia tan loca.
Y para no ocasionarla,
lo que os pido desde aora,
es, que penseis, que mi amor
ha sido un sueño, una sombra,
que ni me haveis conocido,
ni yo à vos, que de esta forma,
ni andareis vos atrevido,
ni mi fama peligrosa.
Inès, el manto te cubre,
y pues ya es de noche, aora
vèn à casa de mi prima,
para que alli se disponga,
que yo à un Convento me vaya.
Felix. Buena es la causa que tomas
para buscar à Don Diego.
Ana. Ya satisfacer no importa,
lo que quisiereis pensad:
vèn, Inès. *Inès.* Vamos, señora.
Felix. Pues yo te he de acompañar.
Ana. Ya mi riesgo à vos no os toca,
yo os absuelvo del desaire.
Felix. Yo no he de dexarte ir sola;
mira bien à donde vàs.
Ana. Quien me guia es mi congoja;
primero irè à Doña Luisa,
à apurar esta ponzoña. *Vanse.*
Manz. Señor, detente aqui un poco,
y veràs si acà no tornan.
Felix. Y he de dexarla yo al riesgo
de que alguno la conozca,
y pueda hallarla su hermano?
Manz. Mas que antes de un quarto de hora
buelven aqui. *Felix.* Vèn tràs ellas,
que aunque es de noche, vàn solas.
Sale Don Juan al encuentro de Don Felix.
Juan. Deteneos, Cavallero.
Manz. Buena, por Dios, y à buen hora.
Felix. Què me quereis, ò quièn sois?
Juan. Quien tiene à cargo la honra,
que le ha fiado un amigo,
y al passar por aqui aora,
de esta puerta dos mugeres
viò salir, que se la roban.
Yo no he querido seguirlas,
creyendo, que mas importa
reconoceros à vos;
mas lo que à mi edad le toca,
solo es buscar el remedio,
si de esto hay alguna forma:
miradlo, ò serà la espada
ultima razon de todas.
Felix. Manzano, hay mayor desdicha?
mi padre es este, aunque corras,
vè tù siguiendo à Doña Ana
por essotra puerta.
Manz. Arroga. *Vase.*
Felix. La voz importa fingir:
Cavallero, aquesse empeño,
ni os toca à vos, como dueño,
ni es facil de conseguir.
Juan. Yo os he de reconocer.
Felix. Yo no os lo he de permitir,
ni con vos he de reñir.
Juan. Pues mirad como ha de ser.
Felix. Huyendo yo, y os prometo,
que no es falta de osadia.
Juan. Pues huir no es cobardìa?
Felix. Tambien puede ser respeto.
Juan. Esso me obliga à intentar
conoceros, y os prometo,
si me fiais el secreto,
de procurarlo mediar.
Felix. Que no puede ser recelo.
Juan. Por què no, si os doy favor?
Felix. Porque es empeño de honor,
y no hay medio en este duelo.
Juan. Yo os debo favorecer,
por lo que de vos he oìdo.
Felix. Sereis contra el ofendido,
y no lo podeis hacer.
Juan. Que puedo hacerlo colijo,
por lo que pienso de vos.
Felix. Hicierais mal, vive Dios,
aunque fuera vuestro hijo.
Juan. Què os importa en caso tal,
que yo me haga esse desdèn?
Felix. El estarme à mi muy bien
el que vos no quedeis mal.
Juan. Callar juro, y solo quiero,
que me digais quien sois vos.
Felix. Un Cavallero, y à Dios.
Juan. Quièn serà este Cavallero?

JORNADA TERCERA.

Salen Don Felix, y Manzano.

Felix. Todo esto es morir, Manzano,
mi pena el pecho me parte.
Manz. Pues, señor, vè à confessarte,
y muere como Christiano.
Felix. Con tormento tan tirano
à matarme me provoco.
Manz. Señor, aliviate un poco
de pesares tan atroces,
grita, quexate, dà voces,
y no mueras como loco.
Felix. Con Don Diego esta tirana
se ha ido. *Manz.* No lo he pensado,
porque ello la hemos buscado
de la noche à la mañana;
yo he ido à su primahermana
à buscarla, como un fuego,
todas sus amigas luego
he corrido, y no està allà;
con que ello inferido està,
que no estarà con Don Diego.
Felix. Pues dònde, si mis cuidados
no la hallan con otro dueño?
Manz. Mira, en un Lugar pequeño
havia cinco enamorados;
fuese su Dama, y turbados,
unos de otros sospechaban;
y luego el caso sabido,
hallaron, que se havia ido
con otro que no pensaban.
Felix. El sin duda ha de ocultalla,
Don Diego logra el favor.
Manz. Pues si esso es cierto, señor,
para què vàs à buscalla?
Felix. Porque mi amor me avassalla
à este tormento, aunque es fuerte;
porque aunque el peligro advierte,
busca engañado mi amor
la dulzura del dolor,
hasta llegar à la muerte.
Al hidropico retrata
mi afecto con su belleza,
donde es la sed mi fineza,
y ella el agua que me mata:
miro su hermosura ingrata,
y al beber el desengaño,
templo la sed, mas el daño
se aumenta en mal tan aleve,
porque mientras mas se bebe,
crece la sed del engaño.
El comun exemplo mira
de la simple maripofa,
que de la llama amorosa
ronda el rayo, la luz gira:
à lograr en ella aspira
el alivio de su amor,
y le quita su rigor
las alas para vivir;
pero què importa morir,
donde es tan dulce el ardor?
Yo en su hermosissimo encanto
hallo el fuego de sus ojos,
donde à templar sus enojos
sale el cristal de su llanto:
no admires que busque tanto
aquella agua en que me anego,
aquella luz en que ciego,
si soy con mi fè amorosa
hidropico, y maripofa
de aquel cristal, y aquel fuego.
Manz. Pues yo el buscarla condeno
en su casa, porque si entras,
què has de hacer, si allà la encuentras?
Felix. Apurar este veneno.
Manz. Y si ella el rostro sereno,
te dixesse, por favor:
Usted me cansa, señor,
dexeme ya, por San Juan?
Felix. Matarme con su galàn,
por malograrme el amor.
Manz. Un Vizcaino insufrible
por una calle iba andando,
y en una rexa, passando,
se diò un codazo terrible.
Enfurecido, aunque en vano,
bolviò à la rexa culpada,
y la diò tan gran puñada,
que se destroncò la mano.
Irritòse, y à dos brazos
tomò, sacando la espada,
y alli, à pura cuchillada,
la hizo en la rexa pedazos.
Partiò diciendo, à su modo:
Manos rompes? quiebras codos?
pues toma lo que has llevado.
Igual venganza te llama,

si

si vàs con mucha fineza
à que èl te abra la cabeza,
sobre llevarte la Dama.
Y serà gloriosa empressa,
si èl te zurra la badana,
decirle luego à Doña Ana:
me dexas: pues tomate essa.
Felix. Yo he de entrarlo à averiguar,
fingiendo que à hablarle voy.
Manz. Pues señor::- *Felix.* Resuelto estoy,
no tienes que replicar;
aqui vive, entremos luego.
Manz. Mira::- *Felix.* No me adviertas nada.
Manz. Vamos à quebrar la espada
en la rexa de Don Diego. *Vanse.*
Salen Doña Luisa, Leonor, Doña Ana, è Inès.
Luisa. Esto, Doña Ana, passa, y te asseguro,
que hasta aora ignoraba tu cuidado.
Ana. De gran tormenta, amiga, me has sacado.
Ay Don Felix! aora conjeturo
tu pesar con el mio,
mas sabe amor, que ha sido desvario.
Luisa. De justa quexa en ocasion me pones,
con dudar de mi amor essas traiciones,
sabiendo tù lo que à Don Lope quiero,
que yo llame à Don Felix, porque espero
que à tu hermano por mì le satisfaga,
pues por su punto mi decoro estraga.
Ana. Los zelos no dàn quexa, amiga mia,
porque son una osada cobardìa:
no hay respeto, grandeza, sangre, ò fuero,
que los refrene, à la razon se ciegan,
renuncian la esperanza, la fè niegan,
vèn, y no escuchan, de temor movidos,
porque son unos ojos sin oidos.
Inès. No te dixe yo siempre, que era en vano,
que Doña Luisa siempre amò à tu hermano?
Ana. De albricias del contento estimo el susto.
Inès. Essotra havia de emplear su gusto
en Don Felix, que no es mas que un sugeto
muy galàn, muy valiente, y muy discreto,
muy liberal, y amante con excesso?
señora, que no hablemos mas en esso.
Ana. Ya, Doña Luisa, que de tì obligada
estoy, de mi passion desengañada,
quisiera que Don Felix lo estuviera;
y aunque tù sabes ya de la manera
que mi sospecha me guiò à tu casa,
si èl me vè aqui, ignorando lo que passa,
no ha de atender à mas, como està ciego,
sino à que estoy en casa de Don Diego.
Luisa. Pues què quieres hacer?
Ana. Que tù al momento
vayas à prevenirme algun Convento,
donde yo me assegure de mi hermano,
que desde alli, pues su recelo es vano,
podrà Don Felix vèr su desvarìo,
y tener mejor fin el riesgo mio.
Luisa. Ya Don Diego ha acabado de vestirse,
y por aqui es el passo para irse;
entrate adentro, no te encuentre aora.
Ana. Antes le quiero hablar.
Inès. Jesus, señora! (cio?
tù à Don Diego hablar quieres? tienes jui-
Ana Si, que quiero decirle, con què indicio,
de què palabra, ò señas ha inferido
que yo pago su amor, y le he admitido?
Inès. Ay! justicia de Dios, que me revela
la confession; aqui de una cautela.
Señora, pues aora esso querias?
no vès que amor es todo boberias,
y esta havrà sido alguna de las suyas,
y si tù las rebuelves seràn tuyas?
Estando à tanto riesgo, y sin sossiego,
no es mejor que le empeñes à Don Diego,
dissimulando todos tus pesares,
en que busque el Convento,
que harà la diligencia en un momento?
y estando tù en seguro,
le puedes hablar claro, poco, y puro.
Luisa. Muy bien ha dicho Inès.
Inès. Que si señora.
Ana. Esso he de hacer, dissimulando aora.
Luisa. Pues èl sale, disponte à prevenillo.
Inès. Esto es echarle al riesgo un remendillo,
dure lo que duràre lo encubierto.
Dentro Don Diego.
Diego. Leonor, mira q̃ el quarto queda abierto,
entra luego à cerrarle: mas què miro! *Sale.*
Ana. Mucho harè en reprimir lo que suspiro.
Al paño Don Felix, y Manzano.
Felix. El es. *Manz.* Llamale pues.
Felix. Tente, que he entrado
en mejor ocasion, que hemos pensado.
Diego. Quien madruga, señora,
no tiene que admirar vèr al Aurora,
ni hallar la dicha, que llorò perdida,
si por no merecida,
la noche la perdiò de mis enojos,
y la hallò con la luz de vuestros ojos.
Felix.

Felix. Cielos, què es lo que escucho!
mira si cierto fue lo que imagino.
Manz. Ya te azotan aqui por adivino.
Diego. Pero de vèr vuestro semblante infiero
vuestro disgusto, y que advirtais espero,
que si yo he dado causa à essa tibieza,
tiene disculpa el yerro en mi fineza,
pues por ser atrevida
os cuesta esse pesar; pero la vida
perderè en vuestro amparo, por disculpa.
Ana. De esto me he de valer, pues èl se culpa.
Cierto es, señor Don Diego,
que por vos de este modo à verme llego,
mi vida aventurada,
mi honor à riesgo, mi opinion ajada,
y vos solo la causa me haveis dado;
bien sabe amor, q̃ es èl quien lo ha causado.
Felix. De aqui, Manzano, no saldrè con vida.
Manz. Ya estoy pensando yo en la zambullida.
Ana. Pero ya en el peligro sucedido,
en vano es condenar lo inadvertido,
sino buscar la enmienda que lo abona.
Diego. Para esso està mi espada, y mi persona.
Ana. Menos es menester que essa violencia,
pues basta aora vuestra diligencia.
Diego. Decidme, pues, en què serviros puedo.
Ana. De mi hermano me assusta el justo miedo,
y hasta estàr su sospecha sossegada,
bien veis que importa estàr assegurada,
y el remedio mejor es, que al momento
vos vais à prevenirme algun Convento
donde yo pueda estàr decentemente,
mientras passa el horror de este accidente.
Diego. Agradecido à mi feliz estrella,
pues tal ventura solamente es de ella,
de mì tan presto os hallareis servida,
que al bolveros à vèr obedecida,
imagineis que amor me diò sus alas. *Vase.*
Ana. Ay fortuna! si al mal el bien igualas,
bien se vàn mejorando mis enojos.
Felix. Ha cruel! esso es bien? pese à tus ojos.
Ana. Ya, Doña Luisa, solo està mi suerte
en que mi hermano aqui no venga à verte,
ni hasta que yo al Convento me haya ido,
sepa Don Felix, que de aqui he salido,
porque es terrible su passion zelosa.
Sale Felix. Esso no lograràs, Circe engañosa.
Manz. Degollemoslas todas, vaya arreo.
Ana. Pesares, ay de mì! què es lo que veo?
Felix. Esto es romper con la presa
del dolor, crecer un rio,
cuya violencia se arrastra
troncos, piedras, y edificios.
Tendràs aora disculpa,
ingrato dueño querido?
que aun agraviado de tì,
no me he de apartar de fino.
Havrà industria à que apelar,
para engañarme? havrà arbitrio?
pluguiera al Cielo le huviera,
que en el fuego que respiro,
si me ha de acabar su ardor,
mejor le estaba al sentido
consumirse de mi llama,
que morir de tu delito.
Pues vive el Cielo, cruel,
que ya que alargas el tiro
del rigor de la venganza,
le he de alargar yo contigo.
No tengo otra, sino hacer,
que como aqui lo averiguo,
dos que à un mismo tiempo engañas,
los pierdas à un tiempo mismo.
A seguir voy à tu amante,
porque hallandole mi brio,
èl muera de mi venganza,
yo de la suya, y tu hechizo.
Acabese assi tu engaño,
cesse assi el tormento mio,
y muera yo consolado
con que esse placer te quito.
Ana. Don Felix, señor, detente:
Doña Luisa. *Luisa.* Yo os suplico,
que os detengais. *Felix.* Es en vano.
Ana. Mi bien, señor, dueño mio,
escucha. *Felix.* En vano es tenerme.
Luisa. Yo por mi atencion os pido
que escucheis.
Felix. No hay atenciones;
y perdonad, si esto os digo,
que viendo à quien no las tiene,
hago yo lo que he aprendido. *Vase.*
Manz. Y yo he aprendido tambien,
y sè ya tanto el oficio,
que si aqui engañan à dos,
yo voy à engañar à cinco.
Ana. Ha Manzano, escucha, espera;
tenedle, Inès. *Inès.* Manzanillo,
buelve aqui. *Manz.* Pues para què,
si ya ustedes me han mordido?

Ana. Por dònde entrò tu señor?
Manz. Como el mozo es atrevido,
entrò por la boca manga.
Luisa. Pues aquesso no està visto?
por el quarto de mi hermano,
que estaba abierto.
Manz. Esto es lindo;
si aqui ustedes le han abierto,
què dudan por donde vino?
Ana. Pues èl hablò con Don Diego
quando aqui entrò, ò còmo ha sido?
Manz. No hablò sino con el diablo,
pues sin verlo me lo dixo.
Ana. Què te dixo? *Manz.* Lo que viò.
Ana. Pues aqui, què es lo que ha visto?
Manz. La labor que haciendo estais,
que aqui no hay otro delito.
Inès. Què labor? *Manz.* Medias de pelo,
y entre puntos, y nudillos,
mi amo entraba en los menguados,
y Don Diego en los crecidos.
Pero por Dios, que esta vez
no han de tener artificio
para remediarle el punto,
que à mi amo se le ha ido,
porque èl lleva ya carrera.
Ana. Manzano, del dolor mio
tèn piedad, y haz tù que buelva,
y toma este cordoncillo.
Manz. Pues esso es buelta por buelta.
Ana. Hazlo, por Dios. *Manz.* Vive Christo,
que me has puesto una cadena
para servir, y ya digo,
que ni quieres à Don Diego,
ni à su casa te has venido,
ni aora hablabas con èl,
que esto no es mas que un indicio:
miente el mundo, y yo el primero.
Inès. Aora te haces amigo?
Manz. Pues si me sitian la plaza,
es mucho haverme rendido
en echandome el cordon?
Ana. Que hagas que buelva te pido.
Manz. Què llamas hacer que buelva?
si aora se huviera ido
al juego de la pelota,
le harè que buelva al proviso,
aunque le encuentre sacando.
Ana. Que no me faltes te digo.
Manz. No, si èl buelve, no harà falta.
Ana. Pues buelve tù à darme aviso.
Manz. Bolverè quanto quisieres,
como no sea el cordoncillo. *Vase.*
Ana. Doña Luisa, ay muger mas desdichada!
mi primera atencion me sale errada:
què culpa es la que el Cielo me castiga?
Luisa. Ay Doña Ana! no sè lo que te diga;
piensas que es poca culpa un amor fino,
que siempre es ojeriza del destino?
Inès. Miren q̃ à buen compàs se estàn quexãdo,
y yo dissimulando,
con ser à quien la culpa mas le toca,
me estoy aqui sin despegar mi boca.
Al paño Don Lope.
Lope. Ya que por mi impaciencia desespero
de hallar quien sea aqueste Cavallero,
ni indicio alguno de mi aleve hermana,
le busco en Doña Luisa, y no es muy vana
mi pretension, que en estos pareceres
unas de otras se valen las mugeres:
mas con visita està, tenerme quiero.
Ana. Ya de que buelva à hablarme desespero,
segun iba resuelto.
Inès. Que no, si el quiere bien, dale por buelto:
mas hele, un hombre viene, èl es sin duda.
Và àzia donde està Don Lope, y èl sale.
Ana. Mi bien, mi dueño, si el dexarme muda::-
Lope. Ha traidor! què miro! *Ana.* Ay D. Luisa!
Luis. D. Lope, q̃ haces? *Inès.* Detenedle aprisa.
Lope. Muera esta aleve, que mi honor abrasa.
Luisa. Assi el respeto pierdes à mi casa?
Lope. A agravios no hay respeto q̃ me riñas:
viven los Cielos::- *Inès.* Detenedle, niñas.
Luis. Què agravios hay aqui, sino ha una hora
que la dexò mi hermano; que và aora
à hacer la diligencia de un Convento?
entre tanto està mal en mi aposento?
Lope. Què es lo q̃ escucho! si D. Diego ha sido
quien aqui la ha traìdo, *ap.*
à mì me està muy bien que sea su esposo;
con casarla con èl quedo gustoso,
que primero es mi honor, que mi concierto.
Inès. Señora, en este engaño toma puerto.
Ana. No puedo hablar, Inès, que estoy cortada.
Inès. Ay señor! mi señora està turbada;
Don Diego es quien aqui nos ha traìdo,
todo se acaba bien con un marido,
que mejor que sentencia, es conveniencia.
Lope. No quiero yo apelar à otra sentencia,
que con Don Diego logro mucha palma:
què

què dices? *Inès.* Dì que sì, pese à tu alma.
Ana. Señor, la turbacion, y el temor mio
no me dexan hablar; yo de tì fio,
que en qualquier accidente
haràs lo que à mi honor es conveniente.
Lope. Pues dònde està D. Diego, ù dõde ha ido?
Luisa. A buscar el Convento aora ha salido.
Lope. Pues irèle à buscar, que esto ajustado
està todo, como èl quede casado; (mana
que aunque èl no sea quien sacò à mi her-
de mi casa, pues hallo aqui à Doña Ana,
ò el Cavallero amigo suyo era,
ò iba con èl, y caso que no fuera,
para què apuro lo que en esto passa,
si à mì me basta que la hallè en su casa?
y no hablarè en mi quexa à Doña Luisa,
hasta hacer diligencia tan precisa. *Vase.*

Sale Don Felix.

Ana. Ay Doña Luisa! valgame el retiro!
Felix. Ya para què ha de ser?
Ana. Cielos, què miro!
Felix. A quien por tu peligro desvelado,
y viendo que tu hermano aqui havia en-
tràs èl se vino, solo à defenderte, (trado,
para vèr la sentencia de su muerte;
pues viendo ya su enojo reportado,
à la puerta quedò, donde he escuchado
de mi dolor el ultimo decreto;
pues para que mi muerte, con su efeto,
apelacion yo tenga para nada,
ya està por tres sentencias confirmada.
Luisa. Jesus, y què desdicha! *Inès.* S. Antonio!
señores, esto trazalo el Demonio?
Ana. Don Felix, señor, si el hado,
el acaso, y el ahogo,
el Cielo, tu amor, mi pena,
se conjuran en mi oprobio;
yo soy solo un corazon,
donde no cabe por corto,
resistencia para uno,
mira què harà para todos?
La fuerza de mi sospecha,
anoche entre tanto ahogo,
me traxo aqui, donde hallè
desengaños, y socorro.
Con Don Diego esta mañana
dissimulè mis enojos,
porque me busque un Convento,
que es el mas honesto abono.
Y si yo huviera advertido
sus afectos amorosos,
para què era otro sagrado,
donde tengo el que yo escojo?
Al entrar aqui mi hermano,
por reportarle furioso,
llevè adelante el engaño,
à que diò principio èl propio.
Mas si todo esto se junta
à suceder de este modo,
què he de hacer, si tus sospechas
yo parece que las compro?
Que me lleves à tu casa
es lo que te pido solo,
que alli estoy con tus hermanas
con defensa, y con abono.
Mas todas estas razones,
que son vanas reconozco,
que zelos al vèr son linces,
pero al escuchar son sordos.
Solo à mi inocencia apelo,
y te ruego por tì propio,
que me lleves donde digo,
por piedad de mis sollozos.
Felix. Doña Ana, aora no es tiempo,
siendo el peligro tan pronto,
ni de admitir la razon,
ni de impugnarla tampoco:
pero para que conozcas
à lo que por tì me arrojo,
siendo deuda del valor,
en lo que me pides, noto
quatro mil inconvenientes,
y he de atropellar por todos:
ponte el manto, y vèn conmigo.
Ana. Sacale, Inès. *Inès.* No es ahorro
ponertele de camino?
Ana. Doña Luisa, à Dios; y solo
te prevengo, que no digas,
aunque sea mas forzoso,
ni con quièn, ni dònde he ido.
Luisa. Esso es demàs.
Inès. A Dios, bobos. *Vanse.*
Luisa. Yo soy quien queda mas bien,
si aora vienen los otros.
Leon. Pues tù, què culpa has tenido?
Luisa. La de pagar yo su enojo,
pues Don Lope en mi desaire
ha de desquitarle todo.
Leon. Pues, señora, dicho, y hecho,
y el diablo le añade un poco,

pues vienen entrambos juntos.

Salen Don Lope, y Don Diego.

Lope. Don Diego, ya lo quexoso
no importa, pues tan honrado
quedo con vos. *Diego.* Saber solo,
que ya Doña Ana tenia
de vuestra eleccion esposo,
me embarazò à declararme.

Lope. Con esto se ajusta todo:
llamad, señora, à mi hermana.

Luis. Què hermana? *Leon.* Và de alboroto.

Diego. Doña Ana no està contigo?

Luisa. Acabado de ir vosotros,
tomò su manto, y se fue,
sin saber yo à què, ni còmo.

Lope. Què es lo que escucho? ha traidora!

Diego. Pues por què ha sido esse arrojo,
si ella me quiere, y en ello
viene ya su hermano, y todo?

Luisa. Don Diego, estàs engañado,
porque ella tiene otro esposo,
que es lo que puedo saber,
aunque quien es no conozco.

Lope. Cielos, quièn puede ser esse?

Luisa. Esso preguntè, mas solo
dice, que es un Cavallero.

Lope. Ha traidor! que este es el propio,
que la sacò de mi casa.

Diego. Pues quièn es?

Lope. Un hombre, un monstruo,
que en nombre de un Cavallero,
sin saber mas, me trae loco.

Diego. Retirate adentro, hermana.

Luisa. Ya le importa à mi decoro
desengañar à Don Lope:
bolver à hablarle es forzoso. *Vase.*

Diego. No teneis de èl otras señas?

Lope. El es un Soldado mozo,
con quien antenoche vos
me hallasteis. *Diego.* Yo le conozco:
vive Dios, que he de matarle,
y he de ir à buscarle solo,
pues de èl mi amor he fiado,
y me ha engañado alevoso.
Don Lope, porque no erremos
la venganza, de este modo
el hallarle se assegura:
mientras que yo reconozco
la posada donde èl vive,
vos esperad aqui un poco,
por si alguien buelve à mi casa:
assi asseguro el ir solo. *Vase.*

Lope. Id, que yo aguardo en la calle.
Cielos, sacadme vosotros
de este Cavallero enigma,
causa de tantos assombros.

Sale Doña Luis. D. Lope, escucha, detente.

Lope. Què me quieres? *Luisa.* Es buen modo
entrar à verme dos veces,
estès, ò no estès quexoso,
y irte entrambas sin hablarme?

Lope. Esso me faltaba solo,
tràs el dolor que padezco,
ingrata, quando conozco,
que tambien amor me engaña.

Luisa. Don Lope, si estais furioso
por vuestra hermana, no es bien
vengarlo en mì, que es muy tosco
esse estilo, y muy grossero
para mi oìdo, y mis ojos.
Una fantasìa zelosa,
por unos ciegos antojos,
no es causa para esse estilo:
mas para que ciego, ò loco,
otra vez no useis conmigo
de tan pesados arrojos,
aquel Cavallero mismo
de quien vos estais zeloso
(Doña Ana aqui me perdone,
que primero es mi decoro)
es quien llevò à vuestra hermana
con titulo de su esposo.
Mirad si es cosa creìble,
que sin hacerle yo estorvo,
si èl me amàra, se atreviera
à tanto empeño à mis ojos?
O si soy muger, que amando,
tuviera el brio tan corto,
que caso que èl se atreviera,
passàra por esse oprobio,
sin que le::- pero esto sobra;
y es lo cierto, que era impropio
traer yo desaires vuestros,
fingidos para mi abono:
Y es cierto, que no lo hiciera,
à no saber, ni tampoco
à no ser para el empeño
de defender mi decoro.
Mas èl llevò à su muger,
y ella se fue con su esposo;

y

y pues ya estais satisfecho,
ò no lo esteis, que esse ahorro
perderà vuestro sossiego:
os suplìco, que en retorno
no me hableis en vuestra vida,
si quereis quedar airoso.
Lope. Señora, mi bien, espera;
el consuelo, que en tì solo
me queda, quieres quitarme?
no tiene fuero un zeloso
de poder ser atrevido?
Luisa. Esso si, pero no loco.
Lope. Que me perdones te pido,
y me digas por tus ojos
quièn es este Cavallero?
Sale Manzano.
Manz. A èl se lo llevò el Demonio:
mi señor::- pero què miro!
la casa errè, perdonad.
Lope. No haveis errado, esperad.
Manz. Sabe ustè à lo que yo tiro?
vive Dios, que es el hermano. *ap.*
Lope. Este es criado sin duda, *ap.*
sabrè lo que el alma duda,
pues me ha venido à la mano:
à quièn buscais aqui vos?
Manz. A Don Juan Zaquizamì,
vive aqui? *Luisa.* No vive aqui.
Manz. Pues quedese usted con Dios.
Lope. Aguardad: quièn, pues lo ignora,
dueño es de vuestra persona?
Manz. Mi dueño es una fregona,
pero limpia como el oro.
Lope. La curiosidad no es tanta,
ni os toco yo en esse punto;
à quièn servìs os pregunto?
Manz. Yo, à Dios la Semana Santa.
Lope. No teneis amo, menguado?
que ya, vive Dios, me irrito.
Manz. No, vive Dios, es delito,
que no sea yo criado?
Lope. No, que yo de ello me alegro:
mas còmo quando yo os vì
entrasteis, diciendo aqui,
mi señor? *Manz.* Esse es mi suegro.
Lope. Sois casado? *Manz.* Siete veces.
Lope. Yo os he visto à vos al lado
de un Cavallero Soldado.
Manz. Mas que me casca las nueces: *ap.*
esse es un sobrino mio,
que està en Madrid, forastero.
Lope. Quièn es esse Cavallero?
Manz. El sobrino de su tio.
Lope. Què es su nombre?
Manz. Hay tal aprieto?
Pierres. *Lope.* Esse el nombre es?
Manz. Es espìa, y porque lo es,
anda en la Corte en secreto.
Lope. Y dònde està? *Manz.* Es vagabundo,
y està en una casa estraña.
Lope. Quièn vive alli?
Manz. El Rey de España,
à pesar de todo el mundo.
Lope Vos tambien hablais de encanto?
pues vive Dios, que mi espada::-
Manz. Deme ustè una cuchillada,
y no me pregunte tanto.
Lope. Vengarme en vos es baxeza,
ni es esso lo que ha de ser.
Manz. Pues ya què mas ha de hacer,
si me ha roto la cabeza?
Luisa. Esse hombre, sea quien fuere,
què te puede ocasionar?
Lope. Mejor es dissimular,
y seguirle donde fuere.
Manz. Quiere usted mas? *Lope.* Idos vos.
Manz. Declarè bien? *Lope.* Fue capricho.
Manz. Quiere usted que firme el dicho?
Lope. Idos de aì. *Manz.* Pues à Dios. *Vase.*
Lope. Seguirle aora es mejor.
Luisa. Don Lope? essa empressa es vana,
si està casada tu hermana.
Lope. Seguirle importa à mi honor,
que mi venganza se allana
con seguirle desde aqui. *Vase.*
Luisa. Pues yo tengo de ir tràs tì,
y irè à avisar à Doña Ana. *Vase.*
Salen Don Juan, Don Felix, Doña Ana, y Inès tapadas.
Juan. Por el contento de vèrte
te perdono el sentimiento,
Felix, de estàr en Madrid,
sin verme à mì lo primero.
Felix. Señor, empeños de amor
tienen disculpa, y te ruego,
que à èste no falte tu amparo.
Ana. Porque os haga mas empeño,
me descubrirè con vos: *Descubrese.*
conoceisme aora? *Juan.* Què veo!
luego Don Felix, señora,

fue quien oſado, y reſuelto,
os ſacò de vueſtra caſa?
Ana. Si ſeñor, que èl es mi dueño.
Inès. Si ſeñor, y à mì tambien,
que es lo peor que hay en ello,
que ſoy una doncellita,
y ſabe Dios lo que pierdo.
Juan. Felix, yo me huelgo mucho
de que eſte ſea tu afecto,
que es mi ſeñora Doña Ana
con quien caſado te tengo,
y eſto eſtà luego ajuſtado.
Felix. No es tan facil como eſſo,
porque aqueſta mi ſeñora
no quiere, à lo quo yo entiendo,
que logre yo tanta dicha.
Ana. No ſeñor, que yo sì quiero,
ſino que èl, por un engaño,
que le hacen injuſtos zelos
de un hombre::- *Juan.* Tened, ſeñora,
entraos conmigo acà dentro,
que no es eſſo para aqui:
venid, que con mas ſecreto
me dareis cuenta de todo:
quedate tù aqui. *Felix.* Aqui eſpero.
Ana. Ay ingrato! quiera amor
que ſe reconozca el yerro. *Vanſe.*
Inès. Ay Virgen! còmo es poſsible
que yo deſate eſte enredo?
que à puro tirar la ſoga
me han hecho ya el nudo ciego.
Felix. Què miro! ò miente la viſta,
ò el que alli viene es Don Diego:
ſin duda ya èl me conoce:
aqui retirarme quiero
haſta ſaber lo que intenta. *Retiraſe.*

Sale Don Diego.

Diego. Que es Don Felix de Toledo
en la poſada he ſabido,
y aſsi aqui à buſcarle vengo.
Inès. Señor Don Diego? *Diego.* Tù aqui?
ya un ſeguro indicio tengo
de que he hallado à mi enemigo;
voy à buſcarle allà dentro.
Inès. A dònde vais? *Diego.* A vengarme.
Inès. Ay Virgen! aqui me pierdo:
ſeñor Don Diego, eſcuchad,
y no vais à hacer un yerro,
engañado de otro mio,
que todo eſto es un enredo
de eſta triſte pecadora,
ſin que mi ſeñora en ello
entre, ni os haya querido;
que aunque ſois galàn, lo meſmo
es veros à vos, que al diablo:
no penſeis que os liſongeo,
que peor le pareceis;
pero yo, ſeñor, que tengo
mas tierna la voluntad,
fingì favores ſupueſtos
de parte de mi ſeñora,
y os he engañado con ellos,
que ni ella ſabe de vos,
ni de vueſtro galanteo,
ni que os hablè por la rexa;
y ſi una muſica os debo,
ya os la pago en lo que canto,
que dàdivas, y dineros
bien valen lo que por mì
haveis eſtado creyendo.
Yo me acuſo, que he quebrado
el octavo mandamiento,
levantando un teſtimonio,
que para mì era de hierro,
pero para vos fue paja,
con que aqui obligado os dexo
à no tomarlo en la boca,
pues por paja tiene rieſgo. *Vaſe.*
Diego. Oye, Inès, eſcucha, eſpera:
corrido, y ſin alma quedo!

Al paño Don Felix.

Felix. Cielos, què es lo que he eſcuchado?
que no me cabe en el pecho
el guſto del deſengaño:
ay Doña Ana! amado dueño,
mil veces perdon te pido.
Diego. Pues en èl, viven los Cielos,
me he de vengar, que no importa
ſer mis favores ſupueſtos,
para haverle yo fiado
mi amor, y engañarme luego.
Sale Don Felix. Pues para eſſo eſtoy aqui.
Diego. Mucho de hallaros me huelgo.
Felix. Pues ſi de mì teneis quexa,
porque vos, ſeñor Don Diego,
me dixiſteis vueſtro amor,
y el mio os tuve encubierto;
ſabed, que diciendo vos,
que erais querido primero,
no podia ſer mi Dama

la que à dos amaba à un tiempo:
pero aora que he ſabido,
que ſolo fue engaño vueſtro,
es mi Dama, y yo la adoro,
y ya en el alma la tengo;
y ſiempre que la miràreis,
vereis delante mi acero.

Diego. Para eſſo de aqui ſalgamos.

Felix. Andad, que ya os voy ſiguiendo.

Sale Manzano.

Manz. Jeſus, ſeñor. *Felix.* Dònde vàs?

Manz. Vengo molido los hueſſos.

Felix. Pues de què?

Manz. Traigo una maza.

Felix. Què dices? eſtàs ſin ſeſſo?

Manz. Si ſeñor, porque Don Lope,
para venirme ſiguiendo,
ſe me agarrò de la cola,
y hele, que ya entra acà dentro.

Diego. No importa, que pues conmigo
teneis ya acetado un duelo,
yo he de eſtàr à vueſtro lado
haſta ajuſtarle primero.

Felix. Eſſo no he meneſter yo.

Sale Don Lope.

Lope. Aqui entrò el criado: Cielos,
Don Juan de Toledo vive
en eſta caſa: què veo!
el hombre con quien reñì
no es aqueſte Cavallero?
ſois vos::- *Diego.* No vais adelante,
porque entre los dos tenemos
un duelo acetado ya,
y no hay lugar para el vueſtro.

Lope. Si èl es el que yo preſumo,
mi venganza es lo primero,
que el mio es duelo de honor.

Diego. No hay calidad en los duelos;
el que primero ſe aceta
ſe lleva el primer derecho.

Felix. Pues yo ſoy el que penſais.

Lope. Pues matarèle. *Diego.* Teneos,
que he de ponerme à ſu lado.

Felix. Salgamos al campo luego,
pues eſtamos dos à dos.

Manz. No ſeñor, que yo ſoy cero,
y no hago numero aqui.

Felix. Venidme los dos ſiguiendo.

Sale D. Juan. A tu lado eſtà mi eſpada:
dònde vàs, hijo? què es eſto?

Lope. Què es lo que miro! pues vos
ſois Don Felix de Toledo?

Felix. Yo ſoy. *Manz.* Mas ha de treinta años.

Lope. Pues mejor eſtà mi empeño.

Salen Doña Luiſa, y Leonor.

Luiſa. Leonor, que he de llegar tarde
à aviſarla, voy temiendo:
mas ay Dios! què es lo que miro!

Diego. Hermana, tù aqui? què es eſto?
ha traidora! *Lope.* Reportaos,
y advertid, ſeñor Don Diego,
que es mi eſpoſa Doña Luiſa,
y à mì me viene ſiguiendo.

Diego. Siendo aſsi, à mì me eſtà bien.

Felix. Don Lope, ſi vueſtro empeño
conmigo, es por vueſtra hermana,
yo os reſpondo con lo meſmo,
pues Doña Ana es ya mi eſpoſa.

Lope. De albricias de eſte ſuceſſo
os doy los brazos, Don Felix.

Felix. Yo de hermano los aceto.

Diego. Pues ſi eſto llega à eſte eſtado,
tambien yo mi quexa dexo,
y quedo mejor que todos,
pues que me quedo ſoltero.

Juan. Pues, ſeñora, ſalid vos.

Salen Doña Ana, y Inès.

Ana. A dàr à mi amado dueño
toda el alma en un abrazo.

Luiſa. Dulce fin à tanto rieſgo.

Inès. Què eſtà ya todo ajuſtado?
ſeñores, corrida quedo
de que no ſe haya ſabido,
que yo tracè eſte embeleco:
venga à noticia de todos.

Manz. Toca, embuſtera, eſſos hueſſos.

Felix. Y ſi logra vueſtro aplauſo,
aqui acaba el Cavallero.

F I N.

Con Licencia: En Valencia, en la Imprenta de la Viuda de Joſeph de Orga, Calle de la Cruz Nueva, junto al Real Colegio del Señor Patriarca, en donde ſe hallarà eſta, y otras de diferentes Titulos. Año 1768.